

## PESIMISMO MEDIDO, NO MEDIDO, MAL MEDIDO E INJUSTIFICADO:

Un ensayo crítico sobre el libro *El Capital en el Siglo XXI* de Thomas Piketty

Deirdre Nansen McCloskey <sup>1</sup>

Traducido del inglés por Fundación para el Progreso (FPP)<sup>2</sup>

fppchile.cl

---

<sup>1</sup> Profesora Distinguida de Economía e Historia de la Universidad de Illinois en Chicago; y 2014 Fellow, IASS Institute for Advanced Sustainability Studies, Potsdam, y Wissenschaftskolleg zu Berlin, Alemania. Email: deirdre2@uic.edu

<sup>2</sup> Título original: *Measured, unmeasured, mismeasured, and unjustified pessimism: a review essay of Thomas Piketty's Capital in the twenty-first century* .

## Deirdre McCloskey

Es profesora de economía, historia, inglés y comunicación en la Universidad de Illinois, Chicago. Como reconocida economista e historiadora, ha escrito 16 libros y alrededor de 400 textos sobre temas que van desde la economía técnica y las estadísticas hasta los asuntos relacionados con el tema de los transgéneros y la ética de las virtudes burguesas. Su más reciente libro, *La Dignidad Burguesa: Por qué la economía no puede explicar el mundo moderno* (University of Chicago Press, 2010), es el segundo de una serie de cuatro sobre *La era burguesa*. Con Stephen Ziliak escribió en 2008, *The Cult of Statistical Significance* (2008).

**T**homas Piketty ha escrito un libro extenso. Son 577 páginas de texto, 76 de notas y 115 cuadros, tablas y gráficos que han causado entusiasmo en la izquierda de todo el mundo. “¡Es tal cual dijimos!”, claman. “¡El problema es el capitalismo y su inevitable tendencia a la desigualdad!”. El original en francés se publicó en 2013. En 2014, Harvard University Press lanzó una edición en inglés, muy aclamada por columnistas como Paul Krugman, que llegó a los primeros lugares de la lista de los best sellers del *New York Times*. A fines de 2014 apareció una edición en alemán, y Piketty –que a estas alturas debe estar agotado– trabajó horas extras presentando sus puntos de vista ante grandes audiencias alemanas. Pese a que la televisión no es su fuerte, porque carece de sentido del humor, no afloja, y las ventas suman y suman.

Hace mucho tiempo que un tratado técnico de economía no llegaba a un mercado tan grande (si dijera “nunca”, ¿me creería?). Una economista no puede más que aplaudir. Y una historiadora de la economía no puede más que sentirse extasiada. Sin lugar a dudas, el gran alboroto causado por Piketty motivará a muchos jóvenes estudiantes interesados en economía a dedicar sus vidas al estudio de su pasado. Esto es bueno porque la historia económica es una de las pocas ramas científicamente cuantitativas de ésta. La historia económica, como la economía experimental y alguna que otra rama de la economía, pone a los economistas de cara a la evidencia (como no lo hacen, por ejemplo, la mayoría de las actuales teorías macroeconómicas, de organización industrial o de comercio internacional). Cuando se piensa en esto, toda evidencia debe encontrarse en el pasado, y alguna de la más interesante y científicamente relevante en un pasado más o menos remoto. Como dijo el historiador económico británico John H. Clapham en 1922, al estilo de los economistas austriacos (aunque era un marshalliano), “un economista es, lo quiera o no, un historiador. El mundo sigue su curso antes de que este haya madurado sus conclusiones”<sup>3</sup>. Es cierto que los historiadores económicos generalmente estudian el pasado per se (como en mi caso, por ejemplo), y no sólo como una manera de extrapolarlo al futuro, que es el propósito de Piketty. Su libro, después de todo, trata sobre el capital en el siglo XXI, que recién está comenzando. Pero para quien pretenda ser un economista científico, un geólogo científico o un astrónomo o biólogo evolutivo, el pasado debe ser su presente.

Piketty nos da un buen ejemplo sobre cómo hacerlo. No se enreda como lo hacen tantos economistas con la única herramienta empírica que se les enseña: el análisis de regresión con “datos” de terceros (uno de los problemas lo plantea la misma palabra datos, que significa “cosas dadas”: los científicos deberían usar *capta*, “cosas captadas o aprehendidas”). Por lo tanto no cometen uno de los dos pecados de la economía moderna, el uso de “pruebas” de significancia estadística que no quieren decir nada (cada tanto Piketty se refiere a relaciones

---

<sup>3</sup> Clapham 1922, p. 313.

“estadísticamente insignificantes” entre, digamos, tasas de impuestos y tasas de crecimiento, pero espero que no esté suponiendo que, en lo que a muestreo respecta, un gran coeficiente medido de manera imprecisa sea “insignificante”, porque R.A. Fisher en 1925 dijo que lo era).

Es un libro honesto, producto de una amplia investigación. Nada de lo que diga –y voy a decir algunas cosas duras porque son ciertas e importantes– es para para impugnar la integridad de Piketty o su esfuerzo científico... voy a demostrar que Piketty está profundamente equivocado en su ciencia y en su ética social.

Piketty construye o utiliza estadísticas de capital agregado y de desigualdad y luego las descompone para inspeccionarlas, que es lo mismo que hacen, por ejemplo, los físicos en sus experimentos y observaciones. Tampoco comete el otro pecado de desperdiciar tiempo científico en teoremas de existencia. Los físicos, nuevamente, tampoco lo hacen. Si nosotros, los economistas, vamos a seguir envidiando a los físicos, por lo menos aprendamos lo que ellos realmente hacen. Piketty se mantiene cerca de los hechos, y entre otras cosas, no se distrae en los mundos sin sentido de la teoría de juegos no cooperativos, derribada hace mucho por la economía experimental. Tampoco recurre a un equilibrio general no computable, que nunca fue de utilidad para las ciencias económicas cuantitativas, ya que es una rama de la filosofía y una rama inútil dentro de esta. En estos dos aspectos, *bravissimo*.

Además, su libro es claro y no tiene pretensiones, aunque está escrito de manera seca, como imagino que lo está su original en francés (Piketty es digno de elogio por atenerse a la vieja regla, no tan popular entre *les français* hoy en día, de que *ce qui n'est pas clair n'est pas français*, “lo que no está claro no está en francés”). Puedo dar fe de su versión en inglés. Es cierto que el libro probablemente esté condenado a ser uno de esos más comprados que leídos. Los lectores de cierta edad recordarán el masivo libro de Douglas Hofstadter, *Gödel, Escher, Bach: Un Eterno y Grácil Bucle* (1979), que se exhibía admirado pero no leído en muchas mesas de centro en la década de 1980. Y los más jóvenes recordarán *Una breve historia del tiempo* (1988) de Stephen Hawking. La compañía Kindle de Amazon hace un seguimiento de la última página donde Ud. inserta un marcador en un libro que ha descargado (¿no lo sabía?). Usando esto, el matemático Jordan Ellenberg calcula que el lector promedio de las 655 páginas de texto y notas al pie de *El Capital en el Siglo XXI* se detiene un poco más allá de la página 26, casi al final de la Introducción, a partir de donde no aparecen más marcadores. Él sugiere que el porcentaje medido por Kindle de un libro aparentemente leído, alguna vez llamado el Índice de Hawking (la mayoría de los lectores de *Una breve historia del tiempo* se detenía en el 6,6 por

ciento del libro), se debería llamar ahora Índice de Piketty (2,4 por ciento).<sup>4</sup> Para ser justos con Piketty, alguien que haya comprado la edición de tapa dura, en vez de la de Kindle, probablemente sea un lector más serio y continúe con la lectura. Aun así, mantener la atención del lector promedio del *New York Times* por un poco más de 26 páginas de denso argumento económico, para que después el libro pase a ocupar un lugar de honor en la mesa de centro, da testimonio de la habilidad retórica de Piketty, que yo admiro. El libro es infinitamente interesante, si para usted los argumentos numéricos intrincados son interesantes.

Es un libro honesto, producto de una amplia investigación. Nada de lo que diga –y voy a decir algunas cosas duras porque son ciertas e importantes– es con intención de impugnar la integridad de Piketty o su esfuerzo científico. El libro es el fruto de un gran esfuerzo de colaboración de la Escuela de Economía de París, que él fundó, en conjunto con algunas de las mentes más brillantes de la tecno-izquierda de la economía francesa. *Hélas*<sup>5</sup>, voy a demostrar que Piketty está profundamente equivocado en su ciencia y en su ética social. Pero también lo están muchos economistas y calculistas, algunos de ellos mis más queridos amigos. Arrojad la primera piedra los que estéis totalmente libres del pecado de medir equivocadamente un concepto central o de entender mal una pieza clave de la economía, o de no captar en absoluto el punto ético.

---

<sup>4</sup> Ellenberg 2014. Hay algo raro en sus cálculos, ya que 26 es el 3,8 por ciento de las páginas, incluyendo el índice, no el 2,4 por ciento. Ellenberg debe haber usado un número menor que 26, tal vez alguna medida de tendencia intermedia.

<sup>5</sup> Interjección francesa que traduce “por desgracia”.

“DESDE LOS TIEMPOS DE ESTOS GENIOS FUNDADORES DE LA ECONOMÍA CLÁSICA, EL *TRADE-TESTED BETTERMENT* (CONCEPTO QUE DEBE SER PREFERIDO AL DE “CAPITALISMO”, PUES ESTE ÚLTIMO IMPLICA ERRÓNEAMENTE QUE ES LA ACUMULACIÓN DE CAPITAL, Y NO LA INNOVACIÓN, LO QUE NOS HACE MÁS RICOS) HA ENRIQUECIDO ENORMEMENTE A GRAN PARTE DE LA HUMANIDAD, CUYA POBLACIÓN EN LA ACTUALIDAD ES UNAS SIETE VECES MAYOR QUE EN 1800, Y PROMETE ENRIQUECER A TODOS EN EL PLANETA EN, MÁS O MENOS, LOS PRÓXIMOS CINCUENTA AÑOS”.

LA LECTURA DEL libro nos da una buena oportunidad para entender la actual preocupación de la izquierda respecto del “capitalismo”, y para poner a prueba su fortaleza económica y filosófica. La inquietud de Piketty por los ricos que se vuelven cada vez más ricos es, de hecho, solo “la última” de una larga serie que nos lleva de vuelta a Malthus, a Ricardo y a Marx. Desde los tiempos de estos genios fundadores de la economía clásica, el *trade-tested betterment*<sup>6</sup> (concepto que debe ser preferido al de “capitalismo”, pues este último implica erróneamente que es la acumulación de capital, y no la innovación, lo que nos hace más ricos) ha enriquecido enormemente a gran parte de la humanidad, cuya población en la actualidad es unas siete veces mayor que en 1800, y promete enriquecer a todos en el planeta en, más o menos, los próximos cincuenta años. Miren a China e India (y dejen de decir, “pero no todos allí se han hecho ricos”: lo serán. Como, sin ir más lejos, lo demuestra la historia de Europa con el éticamente relevante estándar de comodidades y servicios básicos, desconocidos para la mayoría de los habitantes en Inglaterra y Francia antes de 1800. O en China antes de su nuevo comienzo en 1978 y en India antes de 1991). Sin embargo, la izquierda, en su preocupación, olvida sistemáticamente el más importante acontecimiento secular desde la invención de la agricultura –el Gran Enriquecimiento de los dos últimos siglos– y sigue preocupándose y preocupándose, como el perrito de la Compañía de Seguros Traveler, que se preocupa de su hueso en el spot publicitario de la televisión, en una nueva variante, aproximadamente cada media generación.

La inquietud de Piketty por los ricos que se vuelven cada vez más ricos es, de hecho, solo “la última” de una larga serie que nos lleva de vuelta a Malthus, a Ricardo y a Marx.

He aquí una lista parcial de las preocupaciones pesimistas, cada una de las cuales ha tenido su cuarto de hora desde los tiempos en que, como dijera el historiador del pensamiento económico Anthony Waterman, “el primer Ensayo de Malthus [1798] puso en la palestra el tema de la escasez de tierras. Y así comenzó una mutación que duró un siglo en la cual la ‘economía política’, la ciencia optimista de la riqueza, se convirtió en la ‘economía’, la ciencia pesimista de la escasez”.<sup>7</sup>

A Malthus le preocupaba que los trabajadores profleraran y a Ricardo que los terratenientes engulleran el producto nacional. A Marx le preocupaba –o alegraba,

<sup>6</sup> Se opta por mantener el término en inglés para cuidar la fidelidad de la traducción general del texto.

<sup>7</sup> Waterman 2012, p. 425. He modificado ligeramente la puntuación.

dependiendo de la perspectiva que se tenga del materialismo histórico— que los dueños del capital al menos hicieran el valiente intento de engullirlo. (Los economistas clásicos son los maestros de Piketty, y su teoría se auto-describe antes de la página 26 como la suma de Ricardo y Marx). A Mill le preocupaba —o alegraba, según cómo se perciba la prisa enfermiza de la vida moderna— la existencia de un estado estacionario a la vuelta de la esquina. Luego, en rápida sucesión desde 1880 hasta nuestros días, los economistas, en su mayoría de izquierda, pero también algunos de derecha —mientras el *market-tested betterment*<sup>8</sup> impulsaba los salarios reales hacia niveles cada vez más altos— comenzaron a preocuparse, para nombrar algunas de las razones pesimistas que esgrimían con respecto al “capitalismo”, por lo siguiente: la codicia, la alienación, la impureza racial, la falta de poder de negociación de los trabajadores, las mujeres trabajadoras, el mal gusto en el consumo de los trabajadores, la inmigración de razas inferiores, los monopolios, el desempleo, los ciclos económicos, los rendimientos crecientes, las externalidades, el subconsumo, la competencia monopolística, la separación entre propiedad y control, la falta de planificación, el estancamiento de la posguerra, los efectos secundarios de la inversión, el crecimiento desequilibrado, los mercados laborales duales, la insuficiencia de capital (William Easterly lo llama “fundamentalismo del capital”), la irracionalidad de los campesinos, las imperfecciones del mercado de capitales, las decisiones públicas, los mercados faltantes, la asimetría de información, la explotación del tercer mundo, la publicidad, la captura regulatoria, el parasitismo, las trampas de nivel bajo, las trampas de nivel medio, la dependencia de la trayectoria, la falta de competitividad, el consumismo, las externalidades del consumo, la irracionalidad, el descuento hiperbólico, ser demasiado grande como para quebrar<sup>9</sup>, la degradación ambiental, los bajos sueldos de los trabajadores de la salud, los altos sueldos de los altos ejecutivos, el crecimiento lento y muchas otras cosas más.

Se pueden agregar elementos posteriores a la lista, y algunos de los mencionados anteriormente han revivido, al estilo de Piketty o Krugman, en Premios Nobel Honoríficos en Ciencias Económicas. No los voy a nombrar aquí (todos ellos hombres, en agudo contraste con el método de Elinor Ostrom, Nobel 2009), pero puedo revelar su fórmula: primero, descubrir o redescubrir una condición necesaria para la competencia perfecta o para un mundo perfecto (en el caso de Piketty, por ejemplo, una igualdad más perfecta del ingreso). Luego, afirmar sin pruebas (aquí Piketty lo hace mucho mejor los demás), pero con la ornamentación matemática adecuada (como Jean Tirole, Nobel 2014), que la condición se podría alcanzar de manera

---

<sup>8</sup> De forma similar a *trade-tested betterment*, McCloskey se refiere a las mejoras e innovaciones probadas por el mercado, precisamente haciendo alusión a que es esto y no la acumulación de capital la clave del enriquecimiento de la humanidad.

<sup>9</sup> Del inglés, *too big to fail*.



imperfecta o que el mundo no puede desarrollarse de manera perfecta. Después, concluir con un broche de oro (aquí sin embargo Piketty cae en el habitual bajo estándar científico): que el “capitalismo” está condenado, a menos que los expertos intervengan con un dulce uso del monopolio de la violencia del gobierno para implementar prácticas antimonopólicas contra los malhechores de gran riqueza, subsidios a las industrias con rendimientos decrecientes o ayuda externa para gobiernos perfectamente honestos. O con dinero para industrias obviamente incipientes, alentando a los consumidores que tristemente se comportan como niños o, lo que dice Piketty, con un impuesto para gravar al capital causante de desigualdad en todo el mundo.

Una característica de esta extraña historia de buscar errores y proponer correcciones estatistas, es que rara vez los pensadores de la economía consideran necesario presentar pruebas de que sus (sobre todo “sus”) propuestas de intervención estatal funcionarán como deben, y casi nunca consideran necesario demostrar que la condición necesaria para la perfección alcanzada imperfectamente antes de la intervención sea lo suficientemente seria como para haber hecho que el desempeño de la economía en su conjunto cayera. (Repito: Piketty excede el estándar habitual en esto). Clapham se quejó al respecto en 1922, cuando los teóricos propusieron, sobre la base de un diagrama o dos, que el gobierno debía subsidiar a industrias con rendimientos supuestamente crecientes. Los economistas no dijeron cómo obtener la información para hacer esto, o cómo su consejo no cuantitativo podría realmente ayudar a un gobierno imperfecto a estar más cerca de alcanzar la sociedad perfecta. El silencio fue desalentador y Clapham escribió en términos enérgicos, al “estudiante no de categorías, sino de cosas”. El silencio sigue, noventa años después. Clapham reprendió a A.C. Pigou: al revisar *La Economía del Bienestar* uno encuentra que en casi mil páginas no hay ni siquiera una ilustración que explique cómo ha clasificado las industrias [es decir, en qué categorías teóricas están], a pesar de que muchos de sus argumentos comienzan con, “cuando las condiciones de rendimiento decrecientes prevalecen” o “cuando las condiciones de rendimiento creciente prevalecen”, como si todo el mundo supiera cuándo ocurre eso. Repite la respuesta del teórico que, sin medir su impacto cuantitativo, imagina “esos casilleros económicos vacíos”, respuesta que aún se escucha sin que haya aumentado su plausibilidad: “Si quienes conocen los datos no pueden hacerlos calzar, nosotros [los teóricos que encontramos fallas graves en la economía] lo lamentaremos. Pero nuestra doctrina conservará su lógica y, podemos añadir, su valor pedagógico. Y, por lo demás, ustedes saben que se ve muy bien en gráficos y ecuaciones.”<sup>10</sup>

Una rara excepción en el récord de no comprobar el impacto que puede tener la supuesta imperfección es el libro de 1966 de los marxistas Paul Baran y Paul Sweezy, *Monopoly Capital*. En realidad trataron de medir la magnitud de los monopolios en el conjunto de la

---

<sup>10</sup> Clapham 1922, pp. 311, 305, 312.

economía estadounidense (y fracasaron honrosamente).<sup>11</sup> Con respecto a la mayoría de las demás preocupaciones de la lista –tales como que las externalidades obviamente requieren de la intervención del gobierno (como lo han declarado en sucesión histórica Pigou, Samuelson y Stiglitz)–, los economistas que afirman que la economía está funcionando pésimo y, obviamente, necesita de la inmediata y masiva intervención del gobierno, siguiendo el consejo de mentes sabias como las de Pigou, Samuelson, y Stiglitz, no consideran digno de su tiempo científico demostrar que el funcionamiento defectuoso importa mucho en términos agregados. Piketty al menos lo intenta (y fracasa honrosamente). El gran número de “imperfecciones” que han estado brevemente en boga, pero que jamás han sido medidas, ha llevado a los economistas jóvenes – que suponen ingenuamente que sus mayores deben haber encontrado algunos hechos tras los lindos gráficos y ecuaciones– a creer que el *market-tested betterment* ha funcionado vergonzosamente mal, a pesar de que todos los instrumentos cuantitativos concuerdan en que desde 1800 ha funcionado espectacularmente bien.

En contraste, economistas como Arnold Harberger y Gordon Tullock, que argumentan que la economía funciona bastante bien, sí han investigado la información objetiva, o, al menos, han sugerido cómo hacerlo.<sup>12</sup> Lo que proponen Pigou, Samuelson, Stiglitz, y el resto de la izquierda (aunque hay que reconocer que estos tres casos se trata de una “izquierda” muy moderada) es como si un astrónomo propusiera, basado en algunos supuestos cualitativos, que el helio del sol se agotará muy, pero muy, pronto, y es precisa la inminente intervención del Imperio Galáctico, pero no se ha molestado en averiguar a través de observaciones serias y simulaciones cuantitativas aproximadamente cuán pronto ocurrirá ese triste acontecimiento. En la mayoría de los casos a los teóricos de la economía les ha bastado con mostrar someramente la dirección de una “imperfección” en un pizarrón (los “teoremas cualitativos” de Samuelson tan desastrosamente recomendados en *Fundamentos*), después de lo cual se sientan a esperar que los llamen por teléfono de la Academia Sueca, temprano en una mañana de octubre.

... el típico izquierdista  
parte de la profunda  
convicción de que el  
capitalismo tiene serios  
defectos: la mayoría de las  
preocupaciones más serias  
han venido desde la  
izquierda, naturalmente,  
aunque no tan naturalmente  
si consideramos la gran  
recompensa del  
“capitalismo” para la clase  
trabajadora.

---

<sup>11</sup> Baran y Sweezy 1966.

<sup>12</sup> Harberger 1954; Tullock 1967.

Es como para comenzar a sospechar que el típico izquierdista parte de la profunda convicción de que el capitalismo tiene serios defectos: la mayoría de las preocupaciones más serias han venido desde la izquierda, naturalmente, aunque no tan naturalmente si consideramos la gran recompensa del “capitalismo” para la clase trabajadora. Esta convicción se adquiere a los 16 años, cuando el proto-izquierdista descubre la pobreza, pero carece de las herramientas intelectuales para comprender sus orígenes (yo seguí esa senda, y también fui durante un tiempo una socialista estilo Joan Baez). Después, viene la etapa de ser un “buen socialdemócrata” de toda la vida, como se autodefine (y como por algún tiempo me autodefíní), cuando una vez convertido en economista profesional y con el fin de sustentar su convicción ahora firmemente arraigada, mira a su alrededor en busca de cualquier indicio cualitativo que le indique que en algún mundo imaginado esta convicción sería verdadera, y no se molesta en verificar las cifras tomadas de nuestro propio mundo (de lo cual, repito, *no* se puede acusar a nuestro Piketty). Es la creencia utópica del izquierdista de buen corazón que dice: “Obviamente, esta sociedad miserable, en la cual algunas personas son más ricas y más poderosas que otras se puede mejorar enormemente. ¡Nosotros podemos hacerlo mucho, mucho mejor!” El utopismo tiene su origen en la lógica de las teorías de las etapas concebidas en el siglo XVIII como una herramienta para luchar contra la sociedad tradicional, como se ve en *La Riqueza de las Naciones*, entre otros libros menores. Y ciertamente la historia no ha terminado. *Excelsior!*

Es cierto que la derecha también puede ser acusada de utopismo, con su propio aire adolescente, cuando afirma sin evidencias, como lo hacen algunos de los economistas austríacos modelo antiguo y como lo hacen algunos de la escuela de Chicago, que han perdido el gusto por poner seriamente a prueba sus verdades de que ya estamos viviendo en el mejor de los mundos posibles. Aun admitiendo que hay bastante culpa que atribuir en economía por el hecho de ser una ciencia meramente filosófica, y no cuantitativa, el rechazo de la izquierda a cuantificar acerca del sistema como un todo me parece más prevalente y peligroso. Tengo un amigo marxista muy inteligente a quien quiero mucho, que me dice: “¡Odio los mercados!” Le contesto, “Pero Jack, tú disfrutas buscando antigüedades en los mercados”. “No me importa. ¡Odio los mercados!”. Los marxistas en particular se han preocupado sucesivamente de que el trabajador europeo típico va a empobrecerse, de lo que tienen poca evidencia; luego, de que se sentirá alienado, de lo que tienen poca evidencia; luego, de que será explotado en la típica periferia del Tercer Mundo, de lo que tienen poca evidencia. Recientemente, los marxistas y el resto de la izquierda han comenzado a mostrar preocupación por el medioambiente, lo que el extinto Eric Hobsbawm llamara con una cierta repugnancia natural en un viejo marxista “un

fundamento mucho más de clase media”.<sup>13</sup> Quedamos a la espera de evidencia y de propuestas sobre qué hacer al respecto, que no sean el hacernos volver a todos a Walden Pond y a la vida de 1845, o cometer suicidio en masa.

Hace mucho tiempo tuve una pesadilla. Algo poco común en mí, pero esta fue muy vívida: la pesadilla de un economista, una pesadilla samuelsoniana. ¿Qué pasaría si cada una de nuestras acciones tuviera que ejecutarse exactamente en forma óptima? Maximizar la Utilidad sujeto a Restricciones, Max U s. a R. En otras palabras, suponga que usted tuviera que alcanzar el máximo exacto de la cresta de la felicidad, sujeto a restricciones, cada vez que estira la mano para tomar una taza de café o con cada paso que da en la calle. Por supuesto que fallaría en el intento repetidamente, paralizado por el temor a la más mínima desviación de lo óptimo. Bajo la forma irracional que tienen las pesadillas, esta era una visión escalofriante de lo que los economistas llaman racionalidad. Un reconocimiento de la imposibilidad de la perfección exacta que, por supuesto, se puede encontrar en el concepto de “satisfactorio” de Herbert Simon; los costos de transacción de Ronald Coase; y la reafirmación de la sabiduría de Yogi Berra, de Israel Kirzner y George Shackle: es difícil hacer predicciones, especialmente sobre el futuro.

Nosotros, que éramos los jóvenes economistas e ingenieros sociales estadounidenses de la década de 1960, inocentes como recién nacidos, estábamos seguros de que podríamos lograr una perfección predecible. La llamábamos “sintonía fina”. Resultó un fracaso, como toda perfección. El politólogo John Mueller argumentaba en 1999 que en lugar de la perfección deberíamos buscar simplemente lo “bastante bueno” –lo que requeriría el sentir, sobre la de alguna evidencia concreta, que no estamos tan lejos de lo óptimo como, por ejemplo, en el ficticio Lago Wobegon de Minnesota con su *Ralph’s Pretty Good Grocery*<sup>14</sup>, obra del humorista Garrison Keillor, y su publicidad cómicamente modesta y escandinava (“Si no lo puede encontrar en la tienda de Ralph, es probable que no lo necesite”).<sup>15</sup> Mueller piensa que el capitalismo y la democracia como realmente existen, de manera imperfecta, en lugares como Europa o sus ex colonias, son bastante buenos. Según Mueller, los “fracasos” por lograr la perfección, por ejemplo, en el comportamiento del Congreso o en la equidad en la distribución del ingreso en Estados Unidos, probablemente no son lo suficientemente graves como para que afecten demasiado el desempeño del sistema de gobierno o la economía. Son lo suficientemente buenos para el Lago Wobegon. Y, por el contrario, atravesar la ciudad para ir a

---

<sup>13</sup> Hobsbawm 2011, p. 416.

<sup>14</sup> La Tienda de Alimentos Bastante Buenos de Ralph.

<sup>15</sup> Mueller 1999.

comprar a la Tienda de la Perfección Exacta, atendida por economistas teóricos especialistas en encontrar fallas en la economía sin haberlas medido, a menudo tiene consecuencias que probablemente usted no desee.

Por lo menos Piketty es un científico cuantitativo serio, a diferencia de los demás muchachos que juegan en el arenero de la significancia estadística, los teoremas de existencia, las imperfecciones no medidas de la economía y la creación de tareas imposibles para un gobierno imperfecto (por desgracia en éste último punto se une a los chicos en el arenero). De hecho, Piketty declara en la p. 27 (compárese con la p. 573) que:

es importante notar que... la principal fuente de divergencia [del ingreso de los ricos comparado con el de los pobres] en mi teoría no tiene nada que ver con ninguna imperfección del mercado [nótese: las posibles imperfecciones de los gobiernos quedan debajo de la mesa de Piketty]. Por el contrario: mientras más perfecto sea el mercado de capitales (en el sentido de los economistas), es más probable [la divergencia].

En otras palabras, al igual que Ricardo, Marx y Keynes, cree haber descubierto lo que los marxistas llaman una "contradicción" (p. 571), una triste consecuencia de la perfección misma del "capitalismo". Sin embargo, todas las inquietudes desde Malthus a Piketty, desde 1798 hasta el presente, comparten un pesimismo subyacente, ya sea por la imperfección del mercado de capitales o el comportamiento inadecuado del consumidor individual, o las Leyes del Movimiento de una Economía Capitalista –esto a la luz de uno de los mayores enriquecimientos per cápita que los humanos han visto. A pesar de esto, durante una buena parte de la historia, desde 1800 hasta la actualidad, los pesimistas de la economía de izquierda han tenido pesadillas de terribles, terribles errores.

... a la gente le gusta  
escuchar que el mundo se  
está yendo al infierno... Sin  
embargo, el pesimismo ha  
sido siempre considerado  
una mala guía para el  
mundo económico moderno.  
Somos inmensamente más  
ricos en cuerpo y espíritu de  
lo que lo éramos dos siglos  
atrás.

Por lo demás, este pesimismo vende. Por razones que nunca he entendido, a la gente le gusta escuchar que el mundo se está yendo al infierno, e incluso se enoja y burla cuando algún idiota optimista se entromete con su placer. Sin embargo, el pesimismo ha sido siempre considerado un mal guía para el mundo económico moderno. Somos inmensamente más ricos en cuerpo y espíritu de lo que lo éramos dos siglos atrás. En el próximo medio siglo –si no matamos a la gallina de los huevos de oro con la implementación de esquemas de izquierda de planificación y redistribución, o de regímenes de derecha de imperialismo y guerra, como lo hicimos en todos los aspectos entre 1914 y

f p p.

1989, siguiendo el consejo de los académicos en sus claustros de que los mercados y la democracia son terriblemente imperfectos– podríamos esperar que el mundo entero se parezca a Suecia o Francia.

“LO QUE LE PREOCUPA A PIKETTY ES QUE LOS RICOS POSIBLEMENTE SE ENRIQUEZCAN MÁS, AUN CUANDO LOS POBRES TAMBIÉN SE ENRIQUEZCAN MÁS. EN OTRAS PALABRAS, LO QUE LE PREOCUPA ES EXCLUSIVAMENTE LA DIFERENCIA, EL COEFICIENTE DE GINI, UN VAGO SENTIMIENTO DE ENVIDIA ELEVADO A LA CALIDAD DE PROPOSICIÓN TEÓRICA Y ÉTICA”.

EL TEMA CENTRAL de Piketty es la fuerza de los intereses percibidos por la riqueza heredada, que causa, según él, un aumento en la desigualdad del ingreso. Entrevistado en 2014 por Evan Davis para la BBC, señaló que “el dinero tiende a auto-reproducirse”, una queja sobre el dinero y sus tasas de interés que ha sido repetidamente formulada en Occidente desde los tiempos de Aristóteles. Como dijera este filósofo a propósito de algunos hombres, “el concepto que orienta su vida es que deben incrementar su dinero sin que haya un límite, o por lo menos no perderlo.... La modalidad más odiada [de aumentar el dinero].... es la usura, la cual obtiene grandes ganancias del dinero en sí”<sup>16</sup>. La teoría de Piketty (y de Aristóteles) es que el retorno sobre el capital generalmente excede la tasa de crecimiento de la economía y, por lo tanto, la participación del retorno sobre el capital en el ingreso nacional aumentará de manera sostenida simplemente porque el ingreso derivado de los intereses –eso que presumiblemente los capitalistas ricos consiguen obtener, a lo que supuestamente se aferran y supuestamente invierten– está creciendo más rápido que el ingreso de toda la sociedad.

El tema central de Piketty es la fuerza de los intereses recibidos por la riqueza heredada, que causa, según él, un aumento en la desigualdad del ingreso.

Aristóteles y sus seguidores como Aquino, Marx y Piketty prestaron mucho interés a este tema de la ganancia “ilimitada”. El argumento, como podemos ver, es sumamente antiguo y sencillo. Piketty lo ornamenta un poco con una portentosa explicación de las relaciones producto-capital y otras, y llega a su conclusión central sobre la desigualdad: si  $r > g$ , donde  $r$  es el retorno sobre el capital y  $g$  es la tasa de crecimiento de la economía, estamos condenados a que los capitalistas ricos obtengan recompensas que van permanentemente en aumento, mientras que el resto de nosotros, pobres tontos, nos vamos quedando relativamente atrás. Sin embargo, este argumento verbal que he presentado es concluyente siempre y cuando los supuestos en los que se basa sean verdaderos: concretamente, solo la gente rica posee capital; el capital humano no existe; los ricos reinvierten sus retornos –nunca pierden su capital por desidia o por la destrucción creativa de otros; la herencia y no la creatividad es el mecanismo principal que hace subir  $g$  para el resto de nosotros cuando da por resultado un  $r$  que todos compartimos; y, finalmente, nuestra preocupación ética se refiere exclusivamente al coeficiente de Gini y no a la condición de la clase trabajadora.

---

<sup>16</sup> Aristóteles, La Política, Libro I, Traducción de Jowett.



Nótese un aspecto de la última frase: en el relato de Piketty, el resto de nosotros nos vamos quedando solo relativamente más atrás de los capitalistas voraces. Su enfoque centrado en la riqueza, el ingreso o el consumo relativos representa un serio problema del libro. La visión de Piketty de un “apocalipsis ricardiano”, como le dice, deja margen para que al resto de nosotros nos vaya bastante bien, de la manera menos apocalíptica, como ha sucedido en la práctica desde 1800. Lo que le preocupa a Piketty es que los ricos posiblemente se enriquezcan más, aun cuando los pobres también se enriquezcan más. En otras palabras, su preocupación tiene que ver exclusivamente con la diferencia, con el coeficiente de Gini, con un vago sentimiento de envidia elevado a la calidad de proposición teórica y ética.

Otro problema serio es que  $r$  casi siempre será superior a  $g$ , como lo puede decir cualquier persona que sepa algo del valor general de las tasas de interés que se pagan sobre el capital invertido y de la tasa de crecimiento de la mayoría de las economías (con la reciente excepción de China donde, contrariamente a la predicción de Piketty, la desigualdad ha crecido). Si su simple lógica es verdadera, en ese caso el apocalipsis ricardiano siempre acecha. Por lo tanto, que el dulce, irreprochable y omni-competente gobierno –o, lo que es aún menos plausible, un gobierno mundial o el Imperio Galáctico– implemente “un impuesto mundial progresivo sobre el capital” (p. 27), que grave a los ricos. Es nuestra única esperanza.

Sin embargo, sus propios datos, que ha captado ingeniosamente con su investigación, según lo admite sin tapujos y sin permitir que tal admisión alivie su pesimismo, señalan que sólo en Canadá, Estados Unidos y el Reino Unido la desigualdad de ingreso ha aumentado en forma considerable y esto sólo recientemente. “En Europa continental y Japón, la desigualdad de ingreso en la actualidad sigue siendo mucho más baja que a comienzos del siglo XX y, de hecho, no ha cambiado mucho desde 1945” (p. 321 y Figura 9.6). Miremos, por ejemplo, en la página 323, Figura 9.7, la participación en el ingreso del decil superior entre 1900–2010 en Estados Unidos, el Reino Unido, Alemania, Francia y Suecia. En todos esos países  $r > g$ . De hecho, esto ha sido así, con muy raras excepciones, desde tiempos inmemoriales. Aun después de que se llevaran a cabo las redistribuciones del Estado Benefactor, hacia 1970 la desigualdad de ingreso no había experimentado gran alza en Alemania, Francia y Suecia. En otras palabras, no se han confirmado los temores de Piketty en ningún lugar entre 1910 y 1980, ni tampoco en ninguna parte en el largo plazo en ningún momento antes de 1800, ni en ninguna parte de Europa continental y Japón desde la Segunda Guerra Mundial, y solo recientemente, un poco, en Estados Unidos, el Reino Unido y Canadá (Canadá, entre paréntesis, nunca ha sido tomado en cuenta en sus pruebas).

No hay explicación para esto si es que el dinero tendiera a reproducirse a sí mismo siempre, por los siglos de los siglos, como una ley general gobernada por la desigualdad

descrita por Ricardo y Marx, a las tasas de  $r$  y  $g$  efectivamente observadas en la historia del mundo. No obstante, de hecho, la desigualdad sube y baja en grandes olas, de lo cual existen pruebas que cubren desde hace muchos siglos hasta la actualidad: esto tampoco figura en el relato de Piketty (apenas menciona el trabajo de los historiadores económicos Peter Lindert y Jeffrey Williamson, quienes documentan este inconveniente dato). Según su lógica, si es que alguna vez apareciera la ola de Piketty –como podría suceder en cualquier momento si una economía cumpliera la condición, casi siempre cumplida, de que la tasa de interés exceda la tasa de crecimiento del ingreso– dicha ola nunca desaparecería. Según esta inexorable lógica tendríamos que haber sido inundados por un tsunami de desigualdad en el año 1800 DC o en el año 1000 DC o, incluso en el año 2000 AC. Piketty en su libro insiste justamente en eso: “ $r > g$  será la norma nuevamente en el siglo XXI, *tal como ha sucedido a lo largo de la historia hasta antes de la Primera Guerra Mundial*” (p. 572, cursivas agregadas. Me pregunto cómo interpreta las tasas de interés históricamente bajas de la actualidad, o las tasas de interés real negativas durante la inflación de los 1970 y 1980). ¿Por qué entonces la participación de los ricos no subió al 100% en la antigüedad? O, al menos ¿cómo podía dicha participación mantenerse estable a la tasa de 50%, que en tiempos medievales era típica de las economías no productivas en las que prevalecían la tierra y los terratenientes? En algunas oportunidades Piketty describe su mecanismo como un “proceso potencialmente explosivo” (p. 444), y en otras admite que los shocks aleatorios que experimenta la fortuna de una familia significan que “es poco probable que la desigualdad de la riqueza crezca indefinidamente,... más bien, la distribución de la riqueza convergerá hacia un cierto equilibrio” (p. 451). Basándose en los rankings de los súper ricos de la revista Forbes, Piketty observa, por ejemplo, que “varios cientos de nuevas fortunas aparecen en el rango [de US\$ 1.000 millones a US\$ 10.000 millones] en algún lugar del mundo casi todos los años” (p. 441). ¿De qué estamos hablando, Profesor Piketty? ¿Del Apocalipsis o (lo que de hecho se puede observar, con altibajos de poca importancia) de un porcentaje sostenido de gente rica que deja de ser rica o de gente que adquiere riqueza, de una manera gradual? Su mecanismo parece explicar a la vez algo que no es alarmante y que sí lo es.

El escritor científico Matt Ridley ha ofrecido una convincente razón que explica el (ligero) aumento en la desigualdad recientemente en Gran Bretaña. “No puedo menos que sorprenderme”, escribe Ridley en su libro:

¿Quiere usted decir que durante tres décadas, cuando el gobierno estimuló las burbujas de activos en los precios de las viviendas; otorgó exenciones de impuestos a las pensiones; aplicó impuestos bajos a los no domiciliados ricos [ciudadanos de otros países como Rusia y Arabia Saudita, que viven en el Reino Unido]; inyectó grandes cantidades de dinero en subsidios a tierras agrícolas [pertenecientes a propietarios en su mayoría

ricos]; y aplicó severas restricciones a la oferta de terrenos para la construcción de viviendas, empujando al alza las primas correspondientes a los permisos de construcción, que con todo eso los ricos propietarios de capital vieron que su riqueza relativa aumentaba apenas ligeramente? ¡Plop! ... Hablando en serio ahora, una buena parte de la concentración de la riqueza desde 1980 ha sido impulsada por la política del gobierno, la cual ha redirigido sistemáticamente las oportunidades de obtener ganancias hacia los más ricos en vez de hacia los pobres”.<sup>17</sup>

En Estados Unidos, con sus omnipresentes pagos de subsidios estatales y exenciones de impuestos para nuestros buenos amigos los súper ricos, tales como el tratamiento de los intereses por “participación en fondos de inversión” que hizo a Mitt Romney bastante más rico de lo que ya era, se argumenta que el gobierno, del cual Piketty espera una solución al problema, ha sido precisamente la causa de dicho problema. No fue el “capitalismo” lo que causó el reciente y acotado problemita, y ciertamente tampoco lo fue el *market-tested betterment*, dadas las extraordinarias tasas de los últimos dos siglos.

La intrascendencia del argumento de Piketty era de esperar dada las debilidades de las fuentes que declara. Para empezar, tómese una teoría de un gran economista, Ricardo, que ha fracasado completamente como predicción. Los terratenientes no se engulleron el producto nacional, al contrario de lo que Ricardo predijo con mucha confianza. De hecho, la participación de las rentas de tierras en el ingreso nacional (y global) cayó fuertemente desde el momento en que Ricardo señaló que iba a subir en forma sostenida. Este pronóstico se parece al de Malthus cuando dijo que la población acabaría con el suministro de alimentos, lo que se comprobó que estaba errado casi desde el momento en que él hizo el anuncio.

Sigamos. Combínese después la teoría de Ricardo con la de otro economista menos grande, Marx (quien fue lejos el más grande cientista social del siglo XIX, pese a estar errado en casi todos los puntos sustantivos y especialmente en sus predicciones). Marx suponía que los salarios caerían, a pesar de lo cual las utilidades también caerían y a pesar de lo cual también se producirían mejoras tecnológicas. Dicha suposición, como lo señalara frecuentemente la economista marxista Joan Robinson, es una imposibilidad. Por lo menos una de las variables, salarios o utilidades, tiene que subir si se produce un mejoramiento tecnológico. Y claramente, esto fue lo que sucedió. Si la torta es más grande, alguien tiene que recibir más. En esa ocasión, lo que aumentó fueron los salarios del trabajo bruto y, especialmente, una gran acumulación de capital humano –un capital perteneciente a los trabajadores y no a los

---

<sup>17</sup> Ridley 2014.

verdaderamente ricos. El retorno del capital físico fue superior al retorno sin riesgos de inversiones en bonos del gobierno británico o norteamericano, a fin de compensar por el riesgo que se corre al poseer dicho capital (que puede hacerse obsoleto al producirse nuevas mejoras, como bien sabemos por nuestros computadores, obsoletos en cuatro años). Así y todo, el retorno del capital físico y del capital humano se sujetó a su nivel de alrededor de 5 a 10 por ciento por la competencia entre la proliferación de capitalistas. Imagine nuestro empobrecimiento si el ingreso de los trabajadores hubiera seguido la misma historia de estancamiento de la rentabilidad por unidad de capital desde 1800, es decir, si los trabajadores no hubieran acumulado capital humano y si las sociedades en las que vivían no hubieran adoptado los ingenios acumulados desde 1800. Ese ingreso miserable que antiguamente tenían los trabajadores existe hasta hoy en lugares como Somalia y Corea del Norte. Por el contrario, desde 1800, en un país rico promedio, el ingreso per cápita de los trabajadores ha aumentado por un factor de aproximadamente 30 (nada menos que 2.900 por ciento). Incluso en todo el mundo considerado en su conjunto, considerando también los países que aún son pobres, dicho ingreso ha aumentado por un factor de 10 (900 por ciento), a la vez que la tasa de retorno al capital físico se ha estancado.

Piketty no toma en cuenta que cada ola de inventores, de empresarios y hasta de capitalistas corrientes descubre que la entrada de otros al juego les despoja de sus ganancias. Este es un concepto económico que Piketty parece no entender. Consideremos la historia de

**Piketty no toma en cuenta que cada ola de inventores, de empresarios y hasta de capitalistas corrientes, por descarte descubre que sus ganancias ya no les pertenecen desde que entran al juego. Este es un concepto económico que Piketty parece no entender.**

las fortunas cuyo origen fueron las tiendas por departamentos. El ingreso de las tiendas por departamentos a fines del siglo XIX en Le Bon Marché, Marshall Fields y Selfridge's fue para los empresarios. Este modelo fue posteriormente copiado en todo el mundo rico y originó pequeñas fortunas en Cedar Rapids, Iowa y Benton Harbor, Michigan. Posteriormente, a fines del siglo XX, este modelo se vio desafiado por una serie de tiendas de descuentos y luego por internet y la acumulación original de riqueza se fue disipando lenta o rápidamente. En otras palabras, la ganancia de quienes invierten su riqueza de este modo puede ser destruida más o menos rápidamente por

variaciones en la apertura de la oferta, a menos que, como observara Matt Ridley en la historia reciente de Gran Bretaña, intervengan monopolios del gobierno o proteccionismo. El economista William Nordhaus ha calculado que los inventores y empresarios en la actualidad

reciben como ganancia solo el 2 por ciento del valor social de sus inventos.<sup>18</sup> Si uno es Sam Walton, ese 2 por ciento representa una gran cantidad de dinero por introducir códigos de barras en el manejo del stock en las estanterías de los supermercados. Pero 98 por ciento a un costo de 2 por ciento sigue siendo un buen negocio para el resto de nosotros. Nuestras ganancias provenientes de caminos asfaltados, del caucho vulcanizado, las universidades modernas, el concreto estructural y el avión han hecho más ricos hasta a los más pobres de nosotros.

Piketty, quien no cree en respuestas del lado de la oferta, se concentra por el contrario en el gran mal de que haya personas ricas que tienen siete relojes Rolex simplemente porque los heredaron. Lillian Bettancourt, heredera de la fortuna L'Oreal (p. 440), la tercera mujer más rica del mundo, quien "nunca ha trabajado un solo día en su vida, vio crecer su fortuna a la misma velocidad que la de [el reconocidamente innovador] Bill Gates". ¡Uff!, dice Piketty, lo que expresa totalmente su filosofía ética.

Los economistas australianos Geoffrey Brennan, Gordon Menzies y Michael Munger presentan un argumento similar en un reciente *paper* escrito antes que el libro de Piketty. Ellos dicen que la herencia de capital humano necesariamente va a exacerbar la desigualdad del coeficiente de Gini porque "por primera vez en la historia humana los padres más ricos tienen menos hijos... Aun si continua la presente opulencia, estará concentrada en un menor número de personas"<sup>19</sup>. Los ricos enviarán a su único hijo, quien ha tenido clases particulares intensivas de francés y matemáticas, al prestigioso Sydney Grammar School y luego a Harvard. Los pobres van a diluir lo poco que tienen entre sus supuestamente numerosos hijos.

Pero si debido a la esperada "opulencia universal que se hace extensiva a los estratos inferiores del pueblo", anunciada por Adam Smith, todos tienen acceso a una excelente educación –un objetivo éticamente sensato de la política social, al contrario de los intentos por reducir la desigualdad medida por el coeficiente de Gini, y que tiene el mérito adicional de ser loggable–, y si los pobres son tan ricos (porque el Gran Enriquecimiento ya se ha desencadenado), que ellos también tienen pocos hijos, como sucede, por ejemplo, en Italia, en ese caso la tendencia al aumento de la varianza se atenuará.<sup>20</sup> El economista Tyler Cowen me recuerda, además, que las tasas de nacimiento "bajas" también incluyen "cero hijos", lo que

---

<sup>18</sup> Nordhaus 2004.

<sup>19</sup> Brennan, Menzies, y Munger 2013.

<sup>20</sup> Smith 1776, Book I, Chapter I, p. 22, para. 10.

haría que esas líneas de filiación se extingan, como ha sucedido a menudo en la práctica incluso en familias reales bien alimentadas. Los hijos inexistentes, tales como los del Gran Duque de Florencia Gian Gastone de Medici en 1737, no pueden heredar, *inter vivos* o no. En su lugar lo hacen sus muy numerosos primos en segundo y tercer grado.

Y el efecto de la riqueza heredada en los hijos es generalmente el de destruir su ambición, como se puede atestiguar diariamente en Rodeo Drive. La pereza –o, lo que es lo mismo, una regresión a la media de las capacidades– es un poderoso nivelador. “Siempre llega un momento”, dice Piketty refutando su propio argumento, “en que el hijo pródigo derrocha la fortuna de la familia” (p. 451), cosa que fue el principal motivo de la lucha de siglos en el sistema legal inglés a favor y en contra de los mayorazgos. Imagínese si usted hubiera tenido acceso a 10 millones de dólares a la edad de 18 años, antes de que su carácter estuviera totalmente formado. Eso habría sido para usted un desastre ético, como generalmente lo es para los hijos de los muy ricos. Nosotros, los prósperos padres de la Era del Gran Enriquecimiento tenemos razón en preocuparnos por los incentivos que tendrán nuestros hijos, y especialmente nuestros nietos, para hacer esfuerzos orientados a obtener un doctorado en economía, o dedicarse seriamente a los negocios o, por supuesto, a obras de beneficencia. Por muchas pulseras de diamantes que tengan, la mayoría de los hijos de los ricos –y quizás todos nuestros hijos en medio de las riquezas que el Gran Enriquecimiento está haciendo extensivas a los estratos más bajos de la población– no se tomarán el trabajo de obtener un doctorado en economía. ¿Para qué molestarse en hacerlo? David Rockefeller lo hizo (Universidad de Chicago, 1940), pero su abuelo fue inusualmente afortunado en transmitirle los valores de los nacidos pobres a John hijo, y luego a los cinco nietos engendrados por John hijo (aunque no a su única nieta de esa línea de la familia, Abby, quien nunca trabajó ni un día en su vida).

Como, por lo demás, Piketty está obsesionado con la herencia, desea no darle mucha importancia a la ganancia empresarial, esa creación de valor que ha pasado la prueba del mercado y que ha hecho ricos a los pobres. Es una vuelta a Aristóteles y su idea de que el dinero es estéril y, por lo tanto, el interés es algo no natural. Pero en esto Aristóteles estaba equivocado. A menudo sucede, al contrario de lo que afirma Piketty –sin hablar del hecho de que nuestros bienes ahora son más baratos gracias a las inversiones de riqueza que hacen los ricos– que la gente con más dinero ha logrado eso porque ha sido más ingeniosamente productiva, para beneficio de todos nosotros. Lo ha logrado obteniendo ese doctorado, por ejemplo, o siendo excelentes fabricantes de automóviles, o excelentes escritores de novelas de horror, o excelentes jugadores de baseball, o excelentes proveedores de teléfonos celulares como Carlos Slim, el hombre más rico del mundo (con un poco de ayuda, quizás, de la corrupción del parlamento mexicano). El hecho de que Frank Sinatra se hiciera más rico que la

mayoría de sus fans no fue un escándalo ético. El ejemplo de "Wilt Chamberlain", formulado por el filósofo Robert Nozick (Piketty menciona a John Rawls, pero no a Nozick, su némesis), ilustra que si pagamos voluntariamente para obtener el beneficio de tener un CEO brillante o un gran atleta no hay problema ético alguno. Las inusualmente altas recompensas percibidas por personas como los Frank Sinatra, los Jamie Dimon y los Wilt Chamberlain se explican por los mercados mucho más grandes de la era de la globalización y la reproducción mecánica, y no por el robo. El hecho de que la desigualdad en remuneraciones en los países más ricos, esté mostrando una brecha creciente entre ricos y pobres, a pesar de que estos países son pocos, según el mismo Piketty (Canadá, Estados Unidos y el Reino Unido), se debe según él a "la aparición de remuneraciones extremadamente altas en la cima de la jerarquía de remuneraciones, especialmente entre los gerentes de alto rango de las grandes empresas". Nótese que esta aparición no tiene nada que ver con  $r > g$ .

... LA DEFINICIÓN QUE PIKETTY HACE DE LA RIQUEZA NO INCLUYE EL CAPITAL HUMANO, DE PROPIEDAD DE LOS TRABAJADORES, QUE EN LOS PAÍSES RICOS HA CRECIDO HASTA LLEGAR A SER LA PRINCIPAL FUENTE DE INGRESOS, CUANDO SE COMBINA CON LA INMENSA ACUMULACIÓN DESDE 1800 DE CAPITAL DE CONOCIMIENTOS Y HÁBITOS SOCIALES QUE POSEE CUALQUIERA QUE PUEDA ACCEDER A ELLOS. POR LO TANTO SUS GRÁFICOS LABORIOSAMENTE DISEÑADOS DE LA RELACIÓN CAPITAL/PRODUCTO (EXCLUSIVAMENTE FÍSICO Y PRIVADO) ESTÁN ERRADOS. EXCLUYEN UNA DE LAS PRINCIPALES FORMAS DE CAPITAL DEL MUNDO MODERNO... CUANDO INSISTE EN DEFINIR EL CAPITAL COMO ALGO QUE CASI SIEMPRE ES PROPIEDAD DE LOS RICOS, PIKETTY CONFUNDE LA FUENTE DE INGRESO, QUE ESTÁ PRINCIPALMENTE ENCARNADA EN EL INGENIO HUMANO Y NO EN MAQUINARIA ACUMULADA O EN TIERRAS APROPIADAS.



LOS ERRORES TÉCNICOS del argumento son ubicuos. Al hurgar más profundo, se pueden encontrar. Permítanme enumerar algunos más que yo misma he detectado. Otros economistas, he sabido, han descubierto muchos más. Busquen a “Piketty” en Google. Yo no lo he hecho, ya que no quiero exagerar. Respeto lo que trató de lograr, y por lo tanto él merece que lo evalúe de manera independiente.

Por ejemplo –y este sí que es un error grande– la definición que Piketty hace de la riqueza no incluye el capital humano, de propiedad de los trabajadores, que en los países ricos ha crecido hasta llegar a ser la principal fuente de ingresos, cuando se combina con la inmensa acumulación desde 1800 de capital de conocimientos y hábitos sociales que posee cualquiera que pueda acceder a ellos. Por lo tanto sus gráficos laboriosamente diseñados de la relación capital/producto (exclusivamente físico y privado) están errados. Excluyen una de las principales formas de capital del mundo moderno. Más precisamente, cuando insiste en definir el capital como algo que casi siempre es propiedad de los ricos, Piketty confunde la fuente de ingreso, que está principalmente encarnada en el ingenio humano y no en maquinaria acumulada o en tierras apropiadas. En la página 46 asevera misteriosamente que existen “muchas razones para excluir el capital humano de nuestra definición de capital”. Pero ofrece sólo una: “el capital humano no puede ser propiedad de ninguna otra persona”. Sin embargo, el capital humano es precisamente propiedad del propio trabajador. Piketty no explica por qué la auto-propiedad, al estilo de Locke, que no permite ser enajenada, no es propiedad. Si poseo y trabajo tierras mejoradas, y la ley impide que sean enajenadas (como lo hacen algunas leyes colectivistas), ¿por qué no constituyen capital? Por cierto, el capital humano es “capital”: se acumula a través de abstenerse de consumirlo, se deprecia, gana una tasa de retorno determinada por el mercado, y la destrucción creativa puede volverlo obsoleto.

La única razón que aparece en el libro para no considerar al capital humano como capital parece existir solo con el propósito de forzar la conclusión a la que Piketty quiere llegar: que la desigualdad ha aumentado, aumentará, puede que aumente, o es de temer que lo haga.

Hace mucho, mucho tiempo, por cierto, el mundo de Piketty y el de Ricardo y Marx sin capital humano era nuestro mundo, uno en el cual los trabajadores sólo eran dueños de sus manos y sus espaldas, y los jefes y terratenientes poseían el resto de los medios de producción. Pero desde 1848, el mundo ha sido transformado por eso que hay entre las orejas de los trabajadores. La única razón del libro para excluir al capital humano del capital parece ser el

forzar la conclusión a la que Piketty quiere llegar: que la desigualdad ha aumentado, o aumentará, o podría aumentar, o es de temer. En uno de los encabezados del Capítulo 7 declara que “el capital siempre [está] distribuido de manera más desigual que el trabajo”. Esto no es efectivo. Si incluimos al capital humano –que los trabajadores comunes y corrientes de una fábrica sepan leer y escribir, las habilidades aprendidas de una enfermera, el manejo de sistemas complejos de un gerente profesional, el conocimiento de los economistas de las respuestas de la oferta– son los trabajadores mismos, ahora incluidos en el recuento correcto quienes poseen la mayor parte del capital de la nación, echando por tierra el drama de Piketty desde 1848.

El haber omitido al capital humano entre los Problemas del libro es doblemente extraño, porque entre las Soluciones Piketty recomienda la inversión en educación además de otras inversiones en capital humano. Sin embargo, en su enfoque para aumentar el producto marginal de trabajadores desempleados por medio de programas de gobierno, en lugar de ayudarlos corrigiendo las distorsiones gubernamentales que crearon el desempleo en primer lugar, se suma a la mayoría de la izquierda, especialmente a aquellos con trabajos universitarios. Así, en Sudáfrica la izquierda propone continuar con altos salarios mínimos y una regulación opresiva, y resolver el problema del desempleo generado por el gobierno a través del mismo gobierno, mejorando la educación de los trabajadores desempleados sudafricanos. Nadie de izquierda, de derecha o libertario, estaría en contra de una mejor educación, sobre todo si llega como caída del cielo sin costos de oportunidad –a pesar de que nosotros, los libertarios de buen corazón, sugeriríamos que esto se lograra por otros medios que no fueran el verter más dinero en una industria nacionalizada que funciona mal al proporcionar educación primaria o un sistema de educación superior que favorece groseramente a los ricos por sobre los pobres, como sucede notoriamente en Francia al darle al estudiante rico, mejor preparado, un aventón con estudios pagados hacia la clase dominante. En cualquier caso, el dulce sonido de la cantinela “amamos-la-educación” exime a la izquierda de enfrentar la causa evidente del desempleo en Sudáfrica: un sistema esclerótico de funcionamiento del mercado laboral y otras regulaciones que favorecen fraudulentamente al Congreso de Sindicatos Sudafricanos en perjuicio de la miserablemente pobre población negra de Sudáfrica, que se sienta sin hacer nada en una cabaña en la atrasada zona de KwaZulu-Natal, con un pequeño subsidio por ingreso.

El libro de Piketty no está en absoluto desprovisto de economía técnica interesante y de la buena. Plantea una teoría interesante (Capítulo 14), por ejemplo, al decir que los actuales altos salarios de los ejecutivos en el Reino Unido, y sobre todo en Estados Unidos, son el resultado de la caída de las altas tasas impositivas marginales entre 1930 y 1970. En aquellos días felices, no era una idea tan buena que los gerentes se pagaran grandes sueldos, que al

final el gobierno les quitaría el 15 de marzo. Una vez que este desincentivo se eliminó –Piketty argumenta plausiblemente– los gerentes pudieron aprovechar el ambiente de camaradería de los comités ejecutivos de remuneraciones para llegar y llevar. Por lo tanto, Piketty recomienda volver a la tasa impositiva marginal sobre el ingreso del 80 por ciento (p. 513). Pero esperen. Técnicamente hablando, si por razones éticas no nos gustan los altos salarios de los ejecutivos, ¿por qué no directamente legislar en contra de esto, a través de alguna herramienta más específica en vez de una intrusión a gran escala en la economía? O ¿por qué no avergonzar a los comités ejecutivos de remuneraciones? Piketty no lo dice.

“EL PROBLEMA TÉCNICO FUNDAMENTAL DEL LIBRO ES, SIN EMBARGO, QUE PIKETTY, EL ECONOMISTA, NO ENTIENDE LAS RESPUESTAS DE LA OFERTA. DE ACUERDO CON SU POSICIÓN DE HOMBRE DE IZQUIERDA, TIENE UNA IDEA VAGA Y CONFUSA SOBRE CÓMO FUNCIONAN LOS MERCADOS, Y EN ESPECIAL SOBRE CÓMO LA OFERTA RESPONDE A PRECIOS MÁS ALTOS”.

EL PROBLEMA TÉCNICO fundamental del libro es, sin embargo, que Piketty, el economista, no entiende las respuestas de la oferta. De acuerdo con su posición de hombre de izquierda, tiene una idea vaga y confusa sobre cómo funcionan los mercados, y en especial sobre cómo la oferta responde a precios más altos. Si él quiere presentar conclusiones pesimistas en relación a “una economía de mercado basada en la propiedad privada, si no se interviene en ella” (p. 571), es mejor que sepa lo que la economía elemental, donde coinciden todos los que la han estudiado lo suficiente como para entender lo que dice, de hecho explica cómo se comporta una economía de mercado basada en la propiedad privada cuando no se la toca.

La sorprendente evidencia de que a Piketty le enseñaron mal las cosas aparece ya en la página 6. Comienza aparentemente dando la razón a sus oponentes neoclásicos (repito, él está orgulloso de ser un clasicista: Ricardo más Marx).

Sin duda, existe, en principio, un mecanismo económico bastante simple que debería restablecer el equilibrio en el proceso [en este caso el proceso de aumento de los precios del petróleo o del suelo urbano que conducen a un apocalipsis ricardiano]: el mecanismo de la oferta y la demanda. Si la oferta de cualquier bien es insuficiente, y su precio es demasiado alto, *entonces la demanda de ese bien debe disminuir, lo que conducirá a una disminución de su precio.*

Las palabras que he resaltado en cursiva claramente confunden el desplazamiento a lo largo de una curva de demanda con el desplazamiento de toda la curva, un error de primer semestre en la universidad. El análisis correcto (les decimos a nuestros estudiantes de primer año, primer semestre, aproximadamente en la cuarta semana) es que si el precio es “demasiado alto” no es toda la curva de demanda la que “restaura el equilibrio” (aunque el precio alto en el corto plazo le da a la gente una razón para ahorrar petróleo o suelo urbano con autos más pequeños y departamentos más pequeños cuya demanda aumenta, pero salvo por dicho desplazamiento, sus curvas de demanda permanecen estacionarias), sino una *curva de oferta que a la larga termina desplazándose hacia afuera*. La curva de oferta se desplaza hacia afuera porque el acceso es estimulado por el olorcillo de utilidades muy por sobre lo normal en el mediano y largo plazo (según la definición marshalliana de los términos). Se descubren nuevos yacimientos de petróleo, se construyen nuevas refinerías, se pueblan nuevos suburbios, se construyen nuevas torres para ahorrar suelo urbano, como de hecho ha venido sucediendo a gran escala desde, digamos, 1973, salvo que el gobierno haya restringido la explotación de petróleo (por lo general por motivos ambientales) o la construcción de edificios en torre (por lo general debido a la corrupción). Piketty agrega –y recuerde que a él no se le ocurre que los

precios altos después de un tiempo hacen que la curva de *oferta* se desplace hacia afuera; él piensa que el precio alto hará que la *curva* de demanda se desplace hacia *adentro*, lo que llevará a “una disminución del precio” (del elemento escaso, suelo urbano o petróleo)– “estos ajustes pueden ser desagradables o complicados”. Para demostrar su desprecio por el funcionamiento habitual del sistema de precios se imagina con mucho humor que “la gente debería... preferir viajar en bicicleta”. Las sustituciones a lo largo de una curva de demanda dada, o una que misteriosamente se desplaza hacia adentro sin ningún tipo de respuesta de la oferta “podrían también demorar décadas, durante las cuales los terratenientes y los dueños de los pozos de petróleo bien podrían acumular derechos tan desmedidos sobre el resto de la población” (acá su curva de demanda se desplaza por alguna razón hacia afuera, más rápido de lo que la curva de oferta lo hace hacia afuera) “que fácilmente podrían [por motivos que no se argumentan] llegar a adueñarse de todo lo que puede ser objeto de propiedad, incluyendo” – usando una vez más la alternativa cómica– “de una buena vez, las bicicletas”. Una vez que masaca el análisis elemental de acceso y ofertas sustitutivas, o sea, toda la historia de la economía del mundo, se refiere al “emir de Qatar” como el futuro propietario de esas bicicletas, de una buena vez. Debe haber escrito la frase antes de la reciente y gigantesca expansión de la explotación de petróleo y gas en Canadá y los Estados Unidos. En definitiva, concluye triunfalmente, en un estilo similar al de un estudiante brillante de primer año de economía elemental en su tercera semana, después de no dejarse engañar por las obvias tonterías de esos economistas neoclásicos amigos de los ricos, que “la interacción entre la oferta y la demanda no descarta en absoluto la posibilidad de una gran y duradera divergencia en la distribución de la riqueza vinculada a los cambios extremos en ciertos precios relativos,... el principio de la escasez de Ricardo”.<sup>21</sup>

Me sobresaltó tanto ese pasaje que fui a consultar el original en francés y tuve que recurrir a mi francés más bien pobre para asegurarme de que no se trataba de una mala traducción. Una lectura caritativa podría en un principio hacer pensar eso –una lectura muy caritativa, en verdad, porque después de todo la falta de sentido básico continúa: “por lo tanto la demanda [¿toda la curva de demanda?] de ese bien debe bajar” (*alors la demande pour ce bien doit baisser*). Sin embargo, el inglés de Piketty es mucho mejor que mi francés –él enseñó durante un par de años en el MIT, y en las entrevistas se expresa en un inglés educado. Si dejó pasar este sinsentido en la traducción de Arthur Goldhammer (doctor en matemáticas que desde 1979 ha traducido un total de 75 libros del francés– aunque por cierto esta es su primera traducción sobre economía técnica), especialmente en un pasaje tan importante, se debe asumir que pensó que la parte económica estaba bien y que era una aguda y definitiva crítica a esos

---

<sup>21</sup> Piketty 2014, pp. 6—7.

economistas tontos de habla inglesa o alemana que piensan que las curvas de oferta se desplazan hacia afuera como respuesta a una mayor escasez. (Una vez más, pido un poco de caridad: quien nunca haya incluido algún sinsentido en sus textos, especialmente en traducciones a otros idiomas, que lance la primera piedra). En vez del error obvio de la versión en inglés que dice “que debería conducir a una disminución en su precio”, algo típico de un estudiante confundido de primer año, la versión en francés usa la frase *qui permettra de calmer le jeu*, “que debería permitir que las cosas se calmen” o más literalmente, “que permitirá calmar el juego [en este caso, de la oferta y la demanda]”. Sin embargo, la expresión *calmer le jeu*, de hecho se usa a veces en francés en un contexto económico en el sentido de interceptar una burbuja de precios. Y es difícil ver qué otra cosa podría querer decir aquí “calmar” que no sea una caída del precio sin que haya una respuesta de la oferta, lo que reniega de la economía y el sentido común.

El resto del pasaje no soporta la lectura caritativa. La traducción del resto no es motivo de controversia, y reafirma la convicción que Piketty evidentemente tiene, de que las respuestas de la oferta no tienen lugar en la historia de la oferta y la demanda, la que en todo caso es desagradable y complicada –aunque bastante menos que, por ejemplo, el estado obtenga gran parte de sus ingresos públicos de los impuestos, con sus concomitantes ineficiencias, o que el estado aliente el rechazo a la propiedad capitalista en favor de “nuevas formas de gobernabilidad y propiedad compartida que intermedien entre lo público y lo privado” (p. 573), con su concomitante corrupción y ausencia de riesgos.

Piketty, al parecer, no ha leído con comprensión la teoría de la oferta y la demanda que él mira en menos: por ejemplo, Smith (una burlona observación en la p. 9), Say (lo mismo, mencionándolo en una nota al pie junto con Smith como optimista), Bastiat (no se menciona), Walras (sin mención), Menger (sin mención), Marshall (sin mención), Mises (sin mención), Hayek (una cita en una nota al pie sobre otro asunto), Friedman (pp. 548-549, pero sólo respecto al monetarismo, no al sistema de precios). En definitiva, no está calificado para burlarse de los mercados autorregulados (por ejemplo, en la p. 572), ya que no tiene idea cómo funcionan. Sería como atacar la teoría de la evolución (que es idéntica a la teoría usada por los economistas para el acceso y salida en mercados autorregulados –la respuesta de la oferta, una de cuyas primeras versiones sirvió de inspiración a Darwin) sin entender la selección natural o el proceso de Galton-Watson o la genética moderna.

En cierto modo, no es su culpa. Se educó en Francia, y la enseñanza de economía al estilo francés, al que se oponía el movimiento Postautista de Economía (MPE), insensiblemente llamado así por los estudiantes de economía en Francia, es abstracto y cartesiano, y nunca enseña la teoría general de precios que sirve para comprender el mercado del petróleo desde

1973 hasta el presente.<sup>22</sup> Debido a respuestas de la oferta, nunca consideradas en libros de no economistas como *La Bomba Demográfica* (1968) de Paul Ehrlich o de economistas que no entienden de economía elemental, el precio real del petróleo, por ejemplo, desde 1980 ha caído.

Calando más hondo, el pensamiento “estructural” de Piketty caracteriza a la izquierda, y caracteriza también al pensamiento económico de los científicos de la física y la biología cuando se aventuran en cuestiones de economía. Esta es la razón del por qué la revista *Scientific American* hace medio siglo amaba el análisis Input-Output (que también fue amor de mi juventud) y publica regularmente argumentos de coeficiente fijo sobre el medio ambiente planteados por científicos de la física y la biología. Los científicos no economistas declaran: “Tenemos tal y cual estructura en existencia, que es lo mismo que decir las magnitudes contables actualmente existentes, por ejemplo, las reservas actualmente conocidas de petróleo”. Luego, sin considerar que la búsqueda de nuevas reservas es, de hecho, una actividad económica, calculan el resultado del aumento de la “demanda” (es decir, la cantidad demandada, sin distinguirla de toda la curva de demanda), suponiendo que no hay sustituciones, ni reacción al precio a lo largo de la curva de demanda, ni reacción al precio de la oferta, ni segundos o terceros actos, a la vista o no, como la respuesta empresarial a una mayor escasez. A mediados del siglo XIX este también era el procedimiento científico de Marx, y Piketty lo sigue.

---

<sup>22</sup> Por otra parte, el economista francés que inspiró el movimiento, Bernard Guerrien, tiene sus propios problemas relacionados con economía elemental. McCloskey 2006b.



f p p.

“MÁS ALLÁ DE LAS CUESTIONES TÉCNICAS RELATIVAS A LA ECONOMÍA, EL PROBLEMA ÉTICO FUNDAMENTAL DEL LIBRO, ES QUE PIKETTY NO HA REFLEXIONADO SOBRE POR QUÉ LA DESIGUALDAD EN SÍ ES MALA”.

**MÁS ALLÁ DE** las cuestiones técnicas relativas a la economía, el problema ético fundamental del libro, es que Piketty no ha reflexionado sobre por qué la desigualdad en sí es mala. La dama liberal, Glencora Palliser (cuyo nombre de soltera era M'Cluskie), de la novela política de Anthony Trollope, *Phineas Finn* (1867-1868), manifiesta: “Hacer que los hombres y las mujeres sean iguales. Es lo que yo considero la esencia de nuestra teoría política”, como contraste al deleite de los conservadores en el rango y los privilegios. Pero uno de los radicales de la novela hecho al molde de Cobden-Bright. Mill (“Joshua Monk”) ve el punto ético de manera más clara cuando dice: “‘Igualdad’ es una palabra fea, y asusta”, como de hecho había asustado por mucho tiempo a la clase política en Gran Bretaña, traumatizada por el salvaje clamor de los franceses pidiendo *égalité*, y por el ejemplo del igualitarismo estadounidense (bueno... igualitarismo para los protestantes históricos varones, heterosexuales, blancos, anglosajones, de mediana edad, no-inmigrantes, de Nueva Inglaterra). El propósito de un verdadero liberal – continúa Monk– no debe ser la igualdad, sino “el deseo de cada hombre honesto [es decir, honorable]...de ayudar a levantar a quienes están por debajo de él”.<sup>23</sup> Tal meta ética debía lograrse –dice Monk, el liberal libertario (al igual que Richard Cobden y John Bright y John Stuart Mill, y Bastiat en Francia en esos tiempos, y en la actualidad, Hayek y Friedman, o incluso M'Cluskie)–, no por medio de programas directos de redistribución, ni de regulación, ni por los sindicatos, sino por el libre comercio y el derecho a la propiedad y la educación obligatoria para las mujeres financiada por los impuestos –y a la larga, por el Gran Enriquecimiento, que finalmente a fines del siglo XIX hizo que los salarios reales subieran abruptamente, primero en toda Europa y después en todo el mundo.

**La condición absoluta de los pobres ha mejorado sustancialmente más debido al Gran Enriquecimiento que a la redistribución.**

La condición absoluta de los pobres ha mejorado sustancialmente en mayor medida debido al Gran Enriquecimiento que a la redistribución. Los historiadores de la economía Ian Gazeley y Andrew Newell constataron en 2010 “la reducción, hasta casi la eliminación, de la pobreza absoluta en los hogares de clase trabajadora en Gran Bretaña entre 1904 y 1937”. “La eliminación de la pobreza extrema de las familias trabajadoras” –demuestran ellos– “fue casi completa a fines de los años treinta, mucho antes del Estado de Bienestar”. En su Cuadro 2 muestran la distribución del ingreso a precios de 1886 en 1886, 1906, 1938 y 1960, observándose la desaparición de la

<sup>23</sup> Trollope 1867—69, Vol. 1, pp. 126, 128.

clásica línea de la miseria para los trabajadores británicos, de “alrededor de una libra a la semana”.<sup>24</sup>

Por cierto, causa irritación que una mujer súper rica compre un reloj de \$ 40.000. Esa compra es éticamente objetable. Realmente debería sentir vergüenza. Debería donar los ingresos que le sobren, tras asegurarse un amplio nivel de confort –dos automóviles, digamos, no veinte; dos casas, no siete; un yate, no cinco– a organizaciones benéficas efectivas. Andrew Carnegie en 1889 enunció que “el hombre que muere rico muere desgraciado”<sup>25</sup>. Carnegie regaló toda su fortuna (bueno, a su muerte, después de disfrutar de un castillo en su Escocia natal y alguna que otra chuchería). Pero el hecho de que muchos ricos actúen de manera vergonzosa, no implica automáticamente que el gobierno deba intervenir para detener esto. La gente actúa de manera vergonzosa de muchas maneras. Si en un mundo descarriado, a nuestros gobernantes se les asignara la tarea de mantenernos a todos dentro de un comportamiento totalmente ético, el gobierno pondría todas nuestras vidas bajo su tutela paternal, una pesadilla hecha realidad, como sucedió aproximadamente antes de 1989 en Alemania Oriental y ahora en Corea del Norte.

Se podría argumentar, una vez más, como lo hace Piketty, que el crecimiento depende de la acumulación de capital –no de una nueva ideología ni de las ideas de mejoramiento que fueron estimuladas por dicha ideología, y ciertamente no de una ética que apoye la ideología. A Piketty, como a muchos liberales estadounidenses tradicionales, marxistas europeos, y conservadores de todas partes, le molesta, precisamente, las pretensiones éticas de los ejecutivos modernos. Los jefes –escribe– justifican su éxito económico poniendo el “énfasis principal en el mérito personal y las cualidades morales, que describen [en encuestas] usando términos como rigor, paciencia, trabajo, esfuerzo, y así sucesivamente (pero también tolerancia, amabilidad, etc.)”.<sup>26</sup> Según el economista Donald Boudreaux,

Piketty prefiere la que según él es la justificación más honesta de la súper-riqueza, que es la que ofrecen las élites de las novelas de [los conservadores] Austen y Balzac, concretamente, que se requiere dicha riqueza para tener un estilo de vida confortable, y punto. ¡No hay autoalabanzas ni racionalizaciones psicológicamente reconfortantes por parte de esos señores de principios del siglo XIX y sus damas!<sup>27</sup>

---

<sup>24</sup> Gazeley and Newell 2010, Resumen p. 19 y Cuadro 2 en p. 17.

<sup>25</sup> Carnegie 1889.

<sup>26</sup> Piketty 2014, p. 418.

<sup>27</sup> Boudreaux 2014, correspondencia personal.

Piketty por lo tanto se burla desde una altura conservadora-progresista: “los héroes y heroínas de las novelas de Austen y Balzac nunca se vieron en la necesidad de comparar sus cualidades personales con las de sus sirvientes”. A lo que Boudreaux responde,

Sí, correcto, las virtudes burguesas a principios del siglo XIX no eran celebradas y admiradas tan ampliamente como más tarde llegaron a ser celebradas y admiradas. Debemos sentirnos complacidos porque los trabajadores de hoy con [muy] altos salarios se jacten de sus hábitos y virtudes burguesas, y porque los trabajadores –¡finalmente!– entienden que poseer tales virtudes y actuar en consecuencia es algo digno.

La teoría de la gran riqueza, en la que creen los campesinos y el proletariado, y los que se dicen sus adalides de la intelectualidad de izquierda, es que esta no es merecida por ser el resultado del azar o el robo. La teoría de la gran riqueza en la que creen la aristocracia y sus adalides dentro de la intelectualidad de derecha es que es merecida por herencia, justificada por ser el resultado de un antiguo golpe de suerte o robo: una herencia que los *aristoi*, por supuesto, deben cobrar sin racionalizaciones psicológicamente reconfortantes. La teoría de la gran riqueza en la que creen la burguesía y sus amigos los economistas liberales es, por el contrario, que es merecida en virtud de proveer de manera ética, sin violencia, lo que las personas están dispuestas a comprar.

Las virtudes burguesas han sido sin duda exageradas, sobre todo por la burguesía, y a veces incluso por sus amigos. Pero para el resto de nosotros las consecuencias de alardear de esas virtudes, no han sido tan malas. Piense en las últimas obras de Ibsen, el dramaturgo pionero de la vida burguesa. En *Casa de Muñecas* (1878), Helmer, el gerente de un banco, describe a un empleado que fue atrapado por falsificador como un hombre “moralmente perdido” que sufrió una “crisis moral”.<sup>28</sup> El discurso de Helmer a lo largo de la obra está saturado de una retórica ética que usualmente llamamos “victoriana”. Pero la mujer de Helmer, Nora, cuya retórica también está saturada de ética, ha cometido el mismo delito que el empleado. Sin embargo, ella lo hizo para salvar la vida de su marido, no como el empleado, con un amoral fin de lucro. Al final de la obra Nora deja a Helmer, un acto chocante para la burguesía noruega de 1878, porque repentinamente se da cuenta de que si su marido supiera de su delito, no ejercería la ética amorosa de protegerla de las consecuencias de una falsificación cometida por amor y no con fines de lucro. Una burguesía ética –que es el tema que exploran todas las obras de Ibsen después de 1876, como más tarde lo hicieron las obras de Arthur Miller– tiene deberes complicados. La burguesía habla y habla de virtud, y a veces la alcanza.

---

<sup>28</sup> Ibsen 1879, pp. 132.

Las causas originales que sustentan al mundo moderno, yo argumentaría en contraposición al desprecio de Piketty por las virtudes burguesas, fueron de hecho éticas y no materiales.<sup>29</sup> Fueron la aceptación generalizada de solo dos ideas: la nueva idea económica liberal de libertad para las personas comunes y corrientes y la nueva idea social y democrática de dignidad para ellas. Cuando esas dos ideas absurdamente éticas se asociaron – lo que puede resumirse en la palabra “igualdad” de respeto y ante la ley– esto condujo a un paroxismo de mejoramiento. La palabra “igualdad”, hay que entender, no debe ser tomada en el mismo sentido que tuvo para la Ilustración francesa, como igualdad de resultados materiales. La definición francesa es la que hoy día usan sin pensar tanto la izquierda como la derecha en sus disputas: “Usted no hizo esto sin ayuda social, de modo que los ingresos desiguales no se justifican”; “Ustedes los pobres simplemente no son lo suficientemente virtuosos, así que sus reivindicaciones de subsidios de compensación no tiene fundamentos”. Sin embargo, la definición más fundamental de igualdad, elogiada durante la Ilustración escocesa después de que los escoceses despertaran de su sueño dogmático, es la opinión igualitaria que las personas tienen unas de otras, trátase de un mozo de cuerda o un filósofo moral.<sup>30</sup> El filósofo moral Smith, un igualitario pionero en este sentido, describió la idea escocesa como lo que “permite a cada hombre perseguir su propio interés a su propia manera, sobre la base del plan liberal de igualdad, libertad y justicia”.<sup>31</sup>

Las causas originales que sustentan al mundo moderno... fueron de hecho éticas y no materiales.

El forzar el estilo francés de la igualdad de resultados de una manera no liberal, cortando las amapolas, envidiando las chucherías tontas de los ricos, imaginando que compartir el ingreso es tan eficaz para el bien de los pobres como lo son las porciones iguales de una pizza, tratando a los pobres como niños tristes que deben ser alentados u obligados por expertos de la clerecía, a menudo ha tenido un alto costo. Ha deteriorado la libertad y desacelerado el camino hacia algo mejor. No siempre, pero a menudo.

Sería bueno, por supuesto, que una sociedad libre y rica al estilo del liberalismo de Adam Smith produjera una igualdad al estilo francés y pikettyano. De hecho –es noticia vieja, aunque sorprenda a algunos, incluyendo a Piketty– ya ha sucedido, en gran medida a través del

---

<sup>29</sup> McCloskey próximamente.

<sup>30</sup> Peart y Levy , 2008. Kim Priemel de la Universidad Humboldt de Berlín, me sugiere que “equidad” sería una mejor palabra para el concepto de Escocia . Pero no quiero renunciar tan fácilmente a conceptos esencialmente disputados: como la égalité francesa, que ciertamente en su significado revolucionario original era lo más escocesa que lo que he llamado “ francés”.

<sup>31</sup> Smith 1776, Lib. IV, Cap. ix, p. 664.

único estándar éticamente relevante que es el de los derechos humanos básicos y de las comodidades básicas, antibióticos, vivienda y educación, gracias al plan liberal escocés. La introducción del plan escocés, por ejemplo en Hong Kong, Noruega y la misma Francia, ha sido motor de mejoras asombrosas y una real igualdad de resultados. Los pobres compran autos, cuentan con agua caliente y agua fría en sus casas, cosa que antes a veces ni los ricos tenían, y han adquirido derechos políticos y dignidad social, antes negadas a todos excepto a los ricos.

En las últimas décadas, incluso en los países ya avanzados, no ha habido un estancamiento total de los ingresos reales de la gente común. Usted habrá escuchado que “los salarios son chatos” o que “la clase media se está reduciendo”. Pero también sabe que no debe creer todo lo dicen en los diarios. Esto no quiere decir que en países ricos como Estados Unidos

La indignación moral y barata inspirada por la culpa del sobreviviente hacia las presuntas “víctimas” de algo llamado “capitalismo”, y la ira envidiosa hacia el consumo despilfarrador de los ricos, invariablemente no significan una mejora para los pobres... El hecho de que aún en el largo plazo queden algunos pobres no significa que el sistema no funcione para ellos, siempre y cuando su condición siga mejorando.

no existan personas no calificadas, adictas, mal cuidadas por sus progenitores, discriminadas, o simplemente terriblemente desafortunadas. El reciente libro de George Packer *The Unwinding: An Inner History of the New America* (2013), y antes *Nickel and Dime: On (Not) Getting By in America* (2001) de Barbara Ehrenreich, siguen una larga y distinguida tradición de contarle a la burguesía acerca de los pobres, que se remonta hasta James Agee y Walker Evans, *Let us now praise famous men* (1944), George Orwell, *The road to Wigan Pier* (1937), Jack London, *The people of the abyss* (1903), Jacob Riis, *How the other half lives: studies among the tenements of New York* (1890), y a la fuente original, Friedrich Engels, *The condition of the working class in England* (1845). Estos autores no están inventando lo que dicen. Quien lea estos libros será arrancado de su cómoda ignorancia sobre la otra mitad. En forma de ficción nos conmueven *The grapes of the wrath* (1939) de Steinbeck o *Studs Lonigan* de Farrell (1932-1935) o *Native son* de Wright (1940). En Europa, entre muchos

observadores de las Dos Naciones, *Germinal* de Zola (1885), convirtió a muchos de nosotros en socialistas. Conmoverse es saludable. Se dice que Winston Churchill, descendiente de aristócratas, creía que la mayoría de la gente pobre inglesa vivía en casitas de campo cubiertas de rosas. No podía imaginar las filas de conventillos en Salford, con el retrete al final del pasaje. Despierta, Winston.

Pero despertar no implica desesperar, o introducir políticas artificiales que en realidad no ayudan a los pobres, o proponer el derrocamiento del sistema, cuando el sistema en la práctica

está enriqueciendo a los pobres en el largo plazo, o en todo caso enriqueciéndolos de mejor manera que otros sistemas que se han probado cada tanto. La indignación moral y barata inspirada por la culpa del sobreviviente hacia las presuntas "víctimas" de algo llamado "capitalismo", y la ira envidiosa hacia el consumo despilfarrador de los ricos, no significan invariablemente una mejora para los pobres. Comentarios como "todavía hay gente pobre" o "algunas personas tienen más poder que otras", pueden proclamar el alto estándar moral del emisor, pero no son profundos ni inteligentes. Repetirlos, o asentir con sabiduría cuando alguien los repite, o comprar el libro de Piketty para exhibirlo en la mesa de centro, no lo convierte a usted en una buena persona. Usted es una buena persona si realmente ayuda a los pobres. Abra un negocio. Establezca un sistema de hipotecas al alcance de los pobres. Invente una batería nueva. Vote para que haya mejores escuelas. Adopte a un huérfano paquistaní. Ofrézcase como voluntario para dar de comer a las personas en la Iglesia de la Gracia los sábados por la mañana. Abogue por un ingreso mínimo y en contra del salario mínimo. Ofrecer políticas artificiales contraproducentes cuyo efecto real es la reducción de las oportunidades de empleo, o hacer comentarios indignados al marido después de leer la revista del *Sunday New York Times*, en realidad no ayuda a los pobres.

La economía y la sociedad de los Estados Unidos de hecho no se están relajando. Y la gente está arreglándose mejor que antes. A los hijos de las familias de medieros del condado de Hale, Alabama, objeto del interés de Agee y Evans, les está yendo bastante bien, lo que causa un duradero resentimiento en los miembros más antiguos de las familias; tienen trabajo permanente y muchos de sus hijos van a la universidad.<sup>32</sup> El hecho de que aún en el largo plazo queden algunos pobres no significa que el sistema no funcione para ellos, siempre y cuando su condición siga mejorando, ya que funciona, al contrario de las historias que aparecen en diarios y libros pesimistas; y siempre y cuando el porcentaje de personas en situación de pobreza extrema esté acercándose a cero, como sucede. Que todavía existan personas que mueren en los hospitales no significa que la medicina deba ser reemplazada por médicos brujos, siempre y cuando las tasas de mortalidad caigan y las tasas de mortalidad no caigan (como, en términos económicos, no lo hicieron en la China de Mao o la Rusia de Stalin), bajo los cuidados de los médicos brujos.

Y, efectivamente, la pobreza ha estado cayendo últimamente incluso en los países ya ricos. Si el ingreso se mide correctamente y se incluyen mejores condiciones de trabajo, más años de educación, mejores servicios de salud, más años de jubilación, programas de mayor envergadura de subsidios a la pobreza y, sobre todo, la creciente calidad de una mayor cantidad de bienes, los ingresos reales de los pobres han aumentado, si bien a un ritmo más

---

<sup>32</sup> Whitford 2005.

lento que en la década de 1950, que siguió a los calamitosos tiempos muertos de la Gran Depresión y la Guerra.<sup>33</sup>

El economista Angus Deaton señala que

una vez concluida la reconstrucción [como, por ejemplo, en 1970], el nuevo crecimiento dependerá de la inventiva para crear nuevas formas de hacer las cosas y ponerlas en práctica, ya que el arar en suelo virgen es mucho más difícil que volver a arar un surco antiguo.<sup>34</sup>

Los pobres del mundo tampoco están pagando por el crecimiento. Los economistas Xavier Sala-i-Martin y Maxim Pinkovsky explican, basándose en un estudio detallado de la distribución individual del ingreso, frente a la comparación de las distribuciones nación por nación, que

la pobreza mundial está cayendo. Entre 1970 y 2006, la tasa de pobreza mundial [definida en términos absolutos, no relativos] se ha reducido en casi tres cuartas partes. El porcentaje de la población mundial que vive con menos de \$1 al día (a una paridad de poder adquisitivo ajustada de 2.000 dólares) pasó de 26,8% en 1970 al 5,4% en 2006.<sup>35</sup>

Es importante, al pensar en las cuestiones que Piketty plantea tan enérgicamente, dejar en claro lo que desigual quiere decir exactamente. El capital físico y los papeles que representan los derechos a dicho capital están, por cierto, desigualmente repartidos, aunque los fondos de pensiones y similares en cierta medida lo compensan. El rendimiento de estas porciones del stock de capital de la nación es el ingreso de los ricos, especialmente de los ricos por herencia, que son quienes más preocupan a Piketty. Pero si medimos el capital de manera más exhaustiva, incluyendo al cada vez más importante capital humano, como los títulos de ingeniería y el cada vez más importante capital comunitario, como los parques públicos y el conocimiento moderno (piensen: internet), el rendimiento del ingreso sobre el capital está distribuido de forma menos desigual, según he señalado, que los derechos al capital físico, expresados en papel.

A su vez, el consumo, se disfruta de manera mucho menos desigual que el ingreso,

---

<sup>33</sup> Boudreaux and Perry 2013.

<sup>34</sup> Deaton 2013a.

<sup>35</sup> Sala-i-Martin and Pinovsky 2010; Sala-i-Martin 2006. "PPA ajustada" significa el poder adquisitivo real de los precios locales en comparación con, por ejemplo, los precios en EE.UU. Se ha convertido en el estándar de mejora con respecto a los tipos de cambio (influenciados en gran parte por los mercados financieros).



incluso cuando se mide correctamente. Se podría pensar que una persona rica que posee siete casas está en una situación siete veces mejor que una persona pobre, que posee apenas una. Pero por supuesto que no lo está, ya que puede consumir ocupando sólo una casa a la vez, y puede consumir sólo un par de zapatos a la vez, y así sucesivamente. El brazalete de diamantes que descansa al fondo de un enorme joyero es un escándalo, ya que con lo que se gastó tontamente en una chuchería la temporada pasada en Cannes, se podrían pagar los gastos escolares anuales de mil familias en Mozambique. Esa persona debería sentirse avergonzada de permitirse estos gastos. Es un tema ético importante, pero no es un asunto de interés público. Y de todas maneras, el gasto no ha hecho que aumente su consumo en el punto de uso.

Además, y de manera crucial, el consumo de capacidades o necesidades básicas se disfruta de manera mucho más equitativa hoy en día que el resto del consumo, o ingreso, o capital, o riqueza financiera, y se ha vuelto más y más equitativo, a medida que la historia de los países que se enriquecen sigue su curso. Por lo tanto, el crecimiento económico, por muy desigualmente que se acumule en forma de riqueza, o que se obtenga como ingreso, es más igualitario en términos de consumo, y a estas alturas es bastante equitativo respecto al consumo de para satisfacer necesidades básicas. Como predijera el economista estadounidense John Bates Clark en 1901,

El obrero típico aumentará su salario de un dólar al día a dos, de dos a cuatro y de cuatro a ocho [lo que fue exacto en términos reales del ingreso per cápita hasta 2012, aunque este cálculo no incorpora la mejora radical en la calidad de los bienes y servicios desde 1901]. Esta ganancia significará infinitamente más para él de lo que cualquier posible aumento de capital puede significar para los ricos... Este mismo cambio traerá aparejada una continua aproximación a la igualdad de confort real.<sup>36</sup>

En 2013 los economistas Donald Boudreaux y Mark Perry señalaron que

según la Oficina de Análisis Económico, el gasto de los hogares en muchas de las “necesidades básicas” de la vida moderna – comidas en casa, auto, ropa y calzado, muebles y equipamiento para el hogar, vivienda y servicios – cayó de un 53 por ciento del ingreso disponible en 1950 a un 44 por ciento en 1970 y a un 32 por ciento hoy en día.

Este argumento fue presentado por el historiador de la economía Robert Fogel en 1999, considerando un período más largo.<sup>37</sup> El economista Steven Horwitz resume datos sobre las

---

<sup>36</sup> Clark 1901.

<sup>37</sup> Fogel 1999.

horas de trabajo necesarias para comprar un televisor a color o un automóvil, y señala que

estos datos no capturan. . . el cambio en calidad. . . . El televisor de 1973 tenía máximo 25 pulgadas, con baja resolución, probablemente sin control remoto, sonido débil, y en general, no tenía nada que ver con sus descendientes del 2013... Que un auto llegara a las 100.000 millas en la década de 1970 era motivo de celebración. Hoy día, si un auto no llega a las 100.000 millas uno piensa que ha comprado chatarra.<sup>38</sup>

Tampoco en Estados Unidos los pobres son cada vez más pobres. Horwitz señala que al revisar la gran variedad de datos sobre consumo, las encuestas realizadas por la Oficina de Censos sobre lo que los pobres tienen en sus hogares respecto a las horas de trabajo requeridas para comprar una variedad de bienes de consumo, queda en claro que los estadounidenses pobres viven ahora mejor que nunca. De hecho, considerando estos parámetros, los estadounidenses pobres hoy viven mejor de que lo hicieron sus contrapartes de clase media en la década de 1970.<sup>39</sup>

En el verano de 1976 un profesor asociado de economía de la Universidad de Chicago no tenía aire acondicionado en su departamento.<sup>40</sup> Hoy en día muchas personas bastante pobres en Chicago lo tienen. La terrible ola de calor de julio de 1995 en Chicago mató a más de 700 personas, principalmente de bajos ingresos.<sup>41</sup> Sin embargo, olas de calor anteriores en 1936 y 1948, antes de que el aire acondicionado fuera algo común, probablemente mataron a muchos más.<sup>42</sup>

---

<sup>38</sup> Horwitz 2013, cp. 11.

<sup>39</sup> Horwitz 2013, p. 2.

<sup>40</sup> Horwitz 2013. La Tabla 4 muestra el porcentaje de hogares pobres con varios aparatos de uso doméstico: en 1971 un 32 por ciento de estos hogares tenían aire acondicionado; en 2005 un 86 por ciento.

<sup>41</sup> Klinenberg 2003. La ola de calor de 2003 en una Francia sin aire acondicionado mató a 14.800 persona y a 70.000 en toda Europa.

<sup>42</sup> Barreca y otros 2013. Muestran el gran efecto del aire acondicionado en los Estados Unidos en la reducción de la mortalidad excesiva durante las olas de calor.

EL CIENTISTA POLÍTICO e intelectual público Robert Reich argumenta que, sin embargo, debemos estar alarmados por la desigualdad expresada por el coeficiente de Gini, en lugar de dedicar toda nuestra energía a mejorar la condición absoluta de los pobres. “La desigualdad en aumento” –dice– “es un desafío a la idea fundamental de igualdad de oportunidades de la nación”.

El aumento de la desigualdad sigue siendo un obstáculo para la movilidad social ascendente. Esto sucede simplemente porque la escala social es mucho más larga en la actualidad. La distancia entre sus peldaños inferiores y los superiores, y entre peldaño y peldaño, es mucho mayor. Si alguien sube a la misma velocidad que antes, forzosamente no podrá lograr el mismo progreso hacia arriba que anteriormente.<sup>43</sup>

Reich se equivoca. Horwitz resume los resultados de un estudio sobre movilidad individual entre 1969 y 2005 realizado por Julia Isaacs: “82% de los hijos del 20% inferior en 1969 tenían en el año 2000 ingresos [reales] que eran más altos que los que tenían sus padres en 1969. El ingreso medio [real] de esos hijos de los pobres de 1969 era el doble del de sus padres”.<sup>44</sup> No hay duda de que los hijos y nietos de los mineros ingleses de 1937, a quienes Orwell describe “en su viaje” por las profundidades, arrastrándose a gachas una milla o más hasta llegar a la veta de carbón, en cuyo punto recién comenzaban a percibir un salario, están mucho mejor que sus padres o sus abuelos. No hay duda de que los hijos y refugiados del Dust Bowl, la ventisca negra de California, lo están. En *Las Uvas de la Ira*, Steinbeck escribió una crónica de sus peores y más terribles momentos. Pocos años más tarde, muchos de ellos consiguieron trabajo en las industrias de guerra, y posteriormente, muchos de sus hijos fueron a la universidad. Algunos de ellos llegaron a convertirse en académicos que piensan que los pobres se están haciendo más pobres.

La manera acostumbrada, especialmente de la izquierda, de hablar de la pobreza se basa en el porcentaje de la distribución del ingreso, mirando fijamente por ejemplo a una “línea de la pobreza” relativa. Sin embargo, como lo observa el economista australiano Peter Saunders, esta definición de pobreza “automáticamente se mueve hacia arriba cada vez que los ingresos reales (y, en consecuencia, la línea de la pobreza) suben”.<sup>45</sup> Los pobres siempre están

---

<sup>43</sup> Reich 2014.

<sup>44</sup> Isaacs 2007, citado en Horwitz 2013, p. 7.

<sup>45</sup> Saunders 2013, p. 214

con nosotros, pero solo por definición. Es simplemente lo contrario del llamado efecto Lake Wobegon, donde no es que todos los niños estén por encima de la media: siempre habrá un quintil o decil inferior, cualquiera que sea la distribución. Obvio.

El filósofo Harry Frankfurt observó ya hace tiempo que “es claramente mucho más fácil calcular el tamaño de una distribución equitativa [del ingreso al estilo de las líneas de pobreza o los coeficientes de Gini] que determinar cuánto necesita una persona para tener suficiente” –tan fácil como dividir el PIB por la población y escribir un informe diciendo con enojo que algunas personas ganan o perciben más.<sup>46</sup> Esta es la ética simplificada del patio de la escuela o del reparto de la pizza: “no es justo”. Sin embargo, también como notara Frankfurt, la desigualdad es en sí éticamente irrelevante: “la igualdad económica no tiene en sí una importancia moral en especial”. Para ser francamente éticos nos gustaría hacer subir a los pobres, a lo Joshua Monk, hasta el nivel de “suficiente” para que funcionen en una sociedad democrática y tengan una vida plena. Éticamente no importa si los pobres tienen el mismo número de brazaletes de diamantes y automóviles Porsche que los poseedores de fondos de inversiones. Pero lo que sí importa es si tienen las mismas oportunidades para votar o aprender a leer o si tienen un techo sobre sus cabezas. La constitución del estado de Illinois encarna la confusión entre la condición de la clase trabajadora por una parte y la brecha entre ricos y pobres por otra, al decir en su preámbulo que busca “eliminar la pobreza y la desigualdad”.<sup>47</sup> Sería preferible que nos enfocáramos directamente en lo que realmente deseamos lograr, es decir, igual sustento y dignidad, eliminación de la pobreza, o lo que el economista Amartya Sen y la filósofa Martha Nussbaum llaman garantizar las capacidades apropiadas. La magnitud del coeficiente de Gini o lo que percibe el 10 por ciento inferior es irrelevante para el noble y éticamente relevante propósito de elevar a los pobres a una condición de dignidad, al “suficiente” de Frankfurt.

... la desigualdad es en sí éticamente irrelevante: “la igualdad económica no tiene en sí una importancia moral en especial”... Sería preferible que nos enfocáramos directamente en lo que realmente deseamos lograr, es decir, igual sustento, dignidad y eliminación de la pobreza...

Mucha de la investigación sobre la economía de la desigualdad tropieza con este simple punto ético, y se concentra en medidas de desigualdad relativa como el coeficiente de Gini o la participación del 1 por ciento superior más que en medidas del bienestar absoluto de los pobres, enfocándose en la desigualdad más que en la pobreza, eludiendo ambos conceptos.

<sup>46</sup> Frankfurt 1987, pp. 23-24

<sup>47</sup> <http://www.ilga.gov/commission/lrb/content.htm>

Hablando del igualitarismo del filósofo legal Ronald Dworkin, Frankfurt observó que, de hecho y éticamente, la principal preocupación de Dworkin es “el valor [absoluto] de las vidas de las personas, pero que se representa erróneamente como preocupado principalmente de las magnitudes relativas de sus activos económicos”.<sup>48</sup> El mismo Piketty apenas alcanza a mostrar alguna preocupación por “los que tienen menos” (p. 577, la última frase en la última oración del libro, aun cuando menciona el tema ocasionalmente en el libro, como lo hace en la p. 480).

En otras palabras, Dworkin y Piketty –y con demasiada frecuencia una gran parte de la izquierda– no comprenden el problema ético del asunto, que es el mismo que tenía el personaje liberal Joshua Monk, que quería mejorar la condición de los pobres. ¿Por medio de la redistribución? ¿Por medio de la igualdad de brazaletes de diamantes? No: por medio de un espectacular aumento en el tamaño de la torta, que históricamente ha llevado a los pobres a alcanzar un 90 o 95 por ciento de “suficiente” versus el 10 o 5 por ciento que se hubiera obtenido sin el aumento de la torta. El historiador económico Robert Margo observó en 1993 que antes de la aprobación en Estados Unidos de la Ley de Derechos Civiles en 1964 “los negros no podían aspirar a conseguir trabajos no manuales altamente remunerados” debido a la discriminación. Y, sin embargo, los afro-americanos se habían estado preparando por sus propios esfuerzos, desde la esclavitud, para desempeñarse en ese tipo de trabajo si tenían la oportunidad. “Las personas de raza negra deben su éxito en gran parte a ellos mismos”, y a la cada vez más educada y productiva sociedad en que viven.

¿Qué hubiera pasado si la fuerza laboral negra, que estaba a la espera en la víspera del movimiento de derechos civiles hubiera sido tan analfabeta, pobre, rural y sureña como cuando Lincoln emancipó a los esclavos? ... ¿Tendríamos una clase media negra tan numerosa como la que tenemos hoy? Obviamente no.<sup>49</sup>

Así y todo, la izquierda trabaja horas extra movida por los mejores motivos – y Piketty ha trabajado verdaderamente duro – para rescatar su éticamente irrelevante concentración en los coeficientes de Gini y especialmente en el vergonzoso consumo de los muy ricos.

---

<sup>48</sup> Frankfurt 1987, p. 34. Italics supplied

<sup>49</sup> Margo 1993, pp. 68, 65, 69.

**PARA LOS POBRES** en los países que han permitido el cambio ético, el “suficiente” de Frankfurt se ha convertido en realidad en gran parte. Digo “en gran parte”, y mucho más de lo que lo han permitido los sistemas alternativos. No digo “totalmente” o “tanto como toda persona honorable desearía”. Pero el contraste entre la condición de la clase trabajadora en un país orgullosamente capitalista como Estados Unidos y en los países reconocidamente socialdemócratas como Holanda o Suecia no es de hecho muy grande, a pesar de lo que usted pueda haberse enterado por los periodistas o políticos que no han mirado las estadísticas reales, o que no han vivido en más de un país y piensan que la mitad de la población norteamericana consiste de pobres afroamericanos urbanos. La red de protección social es bastante parecida en los países ricos.

Pero la red de protección, con o sin hoyos, no es el principal medio de ascenso de los pobres en Estados Unidos, los Países Bajos, Japón, Suecia y otros. El principal medio de ascenso es el Gran Enriquecimiento. Boudreaux observó que un billonario que participaba en uno de sus seminarios no se veía muy diferente a un estudiante “pobre” de pre-grado que estaba presentando un paper sobre coeficientes de Gini.

En muchos de los elementos básicos de la vida, casi todos los estadounidenses están tan bien como Mr. Bucks (dólares), su seudónimo para el billonario. Si las diferencias de riqueza entre billonarios y norteamericanos comunes y corrientes son apenas visibles en los aspectos más rutinarios de la vida diaria, el sentir angustia por un coeficiente Gini es no muy sabiamente privilegiar la abstracción etérea por sobre la realidad palpable”.<sup>50</sup>

Es innegable que Mr. Bucks tiene más casas y más Rolls Royces que el estudiante. Y uno se puede hacer una pregunta, que es un poco insolente, pero siempre relevante: ¿Y qué?

---

<sup>50</sup> Boudreaux 2001.

Por consiguiente, el problema más fundamental del libro de Piketty es que el evento principal de los dos siglos pasados no fue el segundo momento, el de la distribución del ingreso en la cual se concentra, sino el primer momento, el Gran Enriquecimiento del individuo promedio del planeta por un factor de 10 y en países ricos, por un factor de 30 o más. No se puede explicar el mundo tan enormemente enriquecido por la acumulación de capital, al

**El mundo moderno no fue causado por el "capitalismo", que es antiguo y ubicuo – totalmente diferente del liberalismo, el cual era revolucionario en 1776. Lo que explica el Gran Enriquecimiento, el acontecimiento secular más sorprendente de la historia entre 1800 y el presente, es el mejoramiento de las ideas derivada del liberalismo.**

contrario de lo que han argumentado los economistas desde Adam Smith pasando por Karl Marx y llegando a Piketty, y como el nombre mismo de "capitalismo" lo implica. Nuestra riqueza no se construyó apilando ladrillo sobre ladrillo, título académico sobre título académico, estado financiero sobre estado financiero, sino apilando idea sobre idea. Los ladrillos, títulos y estados financieros – acumulaciones de capital– fueron necesarias, por supuesto, tal como lo fueron la mano de obra y la existencia de agua en forma líquida. Se necesita oxígeno para tener fuego. Pero no sería muy iluminador explicar el incendio de Chicago del 8 al 10 de octubre de 1871 por la presencia de oxígeno en la atmósfera de la tierra. Es mejor explicarlo por un largo período de sequía, los edificios de madera de la ciudad, un fuerte viento del suroeste y la vaca de la señora O'Leary. El mundo moderno no se puede explicar apilando ladrillos tales como el comercio del Océano

Índico, la banca inglesa, la tasa de ahorro británica, el comercio de esclavos del Atlántico, el movimiento de construcción de cierres de terrenos, la explotación de los trabajadores en fábricas infernales o la acumulación original de capital, ya sea físico o humano, en ciudades europeas.<sup>51</sup> Estos hechos rutinarios son demasiado comunes en la historia del mundo y demasiado débiles en términos de impulso cuantitativo para explicar el enriquecimiento por un factor de 10, 30 o 100 por persona en los dos siglos pasados. Lo importante fueron las ideas, no los ladrillos. Las ideas fueron desencadenadas por una nueva libertad y dignidad: la ideología conocida por los europeos como el "liberalismo". El mundo moderno no fue causado por el "capitalismo", que es antiguo y ubicuo –totalmente diferente del liberalismo, el cual era revolucionario en 1776. Lo que explica el Gran Enriquecimiento, el acontecimiento secular más sorprendente de la historia entre 1800 y el presente, es el mejoramiento de las ideas derivada del liberalismo.

---

<sup>51</sup> McCloskey 2010.

Consideremos, a la luz del Gran Enriquecimiento, una de las sugerencias favoritas de Piketty y de la izquierda para la política pública. Gravar a los ricos con impuestos para ayudar a los pobres parece en principio una buena idea. Cuando una adolescente burguesa se da cuenta por primera vez cuán pobres son las otras personas en otros vecindarios, naturalmente desea abrir su monedero o, mejor aún, la billetera de papito, para darles algo. Es a esa edad, alrededor de los 16 años, que formamos nuestra identidad política, la cual, como la lealtad a un determinado club de fútbol rara vez revisamos a la luz de evidencias posteriores. Después de todo, nuestras familias son pequeñas economías socialistas con mamá a cargo de la planificación central. Rehagamos la sociedad, propone la generosa adolescente, como una gran familia de 315 millones de personas. No hay duda de que esta modificación resolverá el problema de la pobreza, mejorando la situación de los pobres con una gran cantidad de dinero, digamos un 20 o 30 del ingreso robado por los que mandan. En la antigua sociedad de esclavos, la adolescente que poseía esclavos no sentía tal culpa porque los pobres eran muy diferentes de nosotros. Pero una vez que se cuestionó si la jerarquía debía ser considerada como algo natural, como sucedió en el siglo XVIII en la Europa noroccidental y en el siglo XIX en forma más extendida, parece obvio adoptar el socialismo. No se puede servir a Dios y a Mammón ("mammon" es "dinero" en arameo).

En un hogar, la igualdad es natural, con una fuente de ingreso – el padre o, recientemente, la madre – y la tarea de "distribuir" lo que se tiene. Posiblemente papá recibirá más comida si es que es un minero y necesita las calorías extra para poder aguantar un turno de diez horas en la mina pero, aparte de eso, la distribución es natural y éticamente igual. La igualdad es algo natural en un hogar. El lema político de Suecia de la década de 1920 en adelante, *folkhemmet*, era "el hogar nacional". Sin embargo, una nación no es un hogar. En la Gran Sociedad –como la llamó Hayek antes que el Presidente Johnson, refiriéndose al gran número de sus miembros en contraste con una pequeña banda o familia– la fuente de ingreso no es la paga que recibe el padre sino la miríada de intercambios especializados con desconocidos que realizamos todos los días. La igualdad de "distribución", al revés del compartir una pizza, no es un proceso natural en una sociedad de 9 millones como Suecia y ciertamente tampoco lo es en una sociedad de 315 millones como Estados Unidos. A menos que a la gente se le pague por resultados, la Gran Sociedad tendrá un muy mal desempeño, como sucedió en la República Democrática Alemana.

Incluso, hasta la igualdad al estilo francés puede mejorarse con una ética de mercado. El libre ingreso erosiona los monopolios, que en las sociedades tradicionales hacen que una tribu siga siendo rica y la otra pobre. El mercado laboral erosiona los diferenciales entre trabajadores igualmente productivos de la industria textil del algodón, independientemente de género o



raza. De hecho, también lo hace en el caso de una profesora universitaria que enseña con los mismos implementos que usó Sócrates –un lugar para dibujar diagramas que puede ser una franja de arena en Atenas, Grecia, o un pizarrón blanco en Atenas, Georgia, USA, y un grupo de estudiantes– y un piloto de una línea aérea que trabaja con los frutos más refinados de una civilización tecnológica. El piloto produce miles de veces más valor en servicios de viaje por hora que un timonel griego en el año 400 AC. La profesora produce, si es que es extremadamente afortunada, la misma inspiración por hora/estudiante que Sócrates. Pero la igualdad de productividad física no tiene importancia en una sociedad libre, grande y donde existen el mercado y la movilidad. El acceso y salida a las ocupaciones es lo que tiene importancia. En el largo plazo, la profesora podría convertirse en piloto de avión y el piloto en profesor, lo que es suficiente hasta para darle a trabajadores como la profesora, quienes no han aumentado su productividad en los últimos 2.500 años, una parte igual de los más refinados frutos.

Una vez observado este resultado altamente igualitario de una sociedad de *market-tested betterment*, nos preguntamos ¿qué pasa con la “distribución” posterior de los frutos? ¿Por qué nosotros no podríamos –¿quiénes somos “nosotros”?– tomar los altos ingresos del profesor y del piloto de línea aérea y de la heredera de la fortuna L'Oréal y distribuirlos entre los recolectores de basura y los aseadores? La respuesta es que lo que la gente gana no es simplemente un gravamen arbitrario impuesto al resto de nosotros. Eso es lo que vendría a ser una desigualdad en el pequeño socialismo de un hogar: darle a Cenicienta menos para comer que a sus hermanas feas por simple antipatía. Las ganancias, sin embargo, sustentan una asombrosamente complicada, aunque en gran medida no planificada y espontánea, división del trabajo, cuyo paso siguiente está determinado por los diferenciales –las utilidades en el comercio u ocupación. Si los médicos ganan diez veces más que los aseadores, el resto de la sociedad, que voluntariamente paga a médicos y aseadores está diciendo: “Si los aseadores pudieran llegar a ser médicos, con una mirada de largo plazo, entonces que más de ellos se vuelquen a la medicina”. Si reducimos la Gran Sociedad a la condición de familia, y se grava a los ricos al límite, destruimos estas señales. La gente deambularía entre la escoba y el estetoscopio sin ninguna señal del valor que se le da a la siguiente hora de servicios. Ni los cuidados médicos serían buenos ni la limpieza estaría bien hecha. La Gran Sociedad se convertiría en la sociedad no especializada de un hogar. Los 315 millones de personas que la conforman serían miserablemente iguales, y se perdería la masiva ganancia de la especialización y el ingenio acumulado que se transmiten a través de la educación para desempeñarse en un oficio o profesión y los cada vez mejores robots –note que todas las herramientas son robots– que la sirven; las pistolas de clavos y las computadoras que hacen que los maestros carpinteros y los maestros de escuela sean cada vez mejores proporcionando casas y educación a los demás.

La redistribución, aunque mitiga la culpa burguesa, no ha sido el principal sustento de los pobres. La aritmética social, nos muestra por qué. Si todas las utilidades de la economía estadounidense fueran entregadas inmediatamente a los trabajadores, estos (incluyendo a algunos “trabajadores” increíblemente bien pagados como algunas estrellas del deporte y la música, y los ejecutivos de las grandes empresas) serían más o menos un 20 por ciento más ricos inmediatamente. Pero sólo por una única vez. La expropiación no implica un aumento del 20 por ciento cada año y para siempre, sino sólo por una vez, ya que no se puede expropiar a las mismas personas año tras año y esperar que tengan las mismas sumas listas para ser expropiadas una y otra vez. Una

La redistribución, aunque mitiga la culpa burguesa, no ha sido el principal sustento de los pobres... no se puede expropiar a las mismas personas año tras año y esperar que tengan las mismas sumas listas para ser expropiadas una y otra vez.

expropiación de una sola vez eleva el ingreso de los trabajadores en un 20 por ciento, y posteriormente su ingreso vuelve al nivel anterior –o en el mejor de los casos (si el Estado se puede hacer cargo de las utilidades sin, por algún milagro, dañar su nivel y luego distribuir las al resto de nosotros por intermedio de burócratas virtuosos sin dedos pegajosos o amigos preferenciales) se mantiene a la tasa de crecimiento de la economía, cualquiera que esta sea (suponiendo, de manera antinatural y contrariamente a la evidencia de los experimentos comunistas desde New Harmony, Indiana, hasta la Rusia de Stalin, que la expropiación de los ingresos del capital no va a reducir la tasa de crecimiento de la torta).

O, para expresarlo en términos de expropiación por medio de regulaciones legales, la imposición de un pago de diez horas por ocho horas de trabajo por ley del Congreso elevaría, una vez más, los ingresos de aquella porción de la clase trabajadora que consiguió esto, por única vez, en un 25 por ciento. Lo haría en primera instancia, bajo la misma suposición antinatural de que, como consecuencia de ello, la torta no se achicaría, cuando los gerentes y los empresarios abandonen la ahora no rentable actividad de decidir lo que se debe hacer. La redistribución parece una buena idea, a menos que usted considere que a tales tasas los jefes van a estar menos dispuestos a contratar personas en primer lugar, y que de todos modos quienes no consiguieron este beneficio (los trabajadores agrícolas, por ejemplo) verían que su ingreso real se reduce, no que aumenta.

He aquí otra idea para la transferencia de ingreso entonces: si quitamos la alarmanamente alta participación en el ingreso del 1 por ciento de los que más ganan en Estados Unidos, que en 2010 era alrededor del 22 por ciento del ingreso nacional, y se lo diéramos al resto de nosotros, nosotros, el resto, estaríamos 22/99, o un poco menos del 22 por ciento mejor. O dicho de otra manera, supongamos que estuviera permitido que las utilidades las ganaran las personas que dirigen la economía, como el propietario del pequeño almacén de barrio y también los malhechores de gran riqueza. Pero supongamos que quienes ganan esas utilidades, movidos por un espíritu filantrópico, y siguiendo la doctrina social católica, decidieran que ellos mismos deben vivir modestamente y dar todo lo que les sobra a los pobres. El economista David Colander declara que “un mundo en el que todas las personas ricas. . . [creyeran que] tienen el deber de regalar la mayor parte de su riqueza antes de morir”, sería un mundo muy distinto de. . . . nuestro mundo.”<sup>52</sup> . Pero espere. Todo el 20 por ciento elevaría los ingresos del resto –muchos de ellos profesores universitarios que reciben becas Guggenheim o tipo amables de izquierda que consigue una beca para “genios” de la Fundación Macarthur– pero en magnitud nada comparable al tamaño de los frutos del crecimiento económico moderno. E incluso ese cálculo supone que todas las utilidades van a

---

<sup>52</sup> Colander 2013, p. xi.

los “individuos ricos.”

El punto es que un 20, 22 y 25 por ciento no corresponden al mismo orden de magnitud que el Gran Enriquecimiento, que a su vez, desde una perspectiva histórica, no tuvo nada que ver con ese tipo de redistribuciones o contribuciones caritativas.<sup>53</sup> Específicamente, las redistribuciones por única vez son dos órdenes de magnitud más pequeñas de ayuda a los pobres que el Enriquecimiento del 2900 por ciento proveniente de productividad creciente desde 1800. Históricamente hablando, un 25 por ciento se puede comparar con un aumento del salario real desde 1800 hasta el presente por un factor de 10 o 30, es decir, 900 o 2900 por ciento. En otras palabras, los más pobres están en una situación un poco mejor cuando se expropia a los expropiadores, o cuando se les persuade para entregar todo su dinero a los pobres por motivos religiosos, pero están mucho mejor cuando comienzan a vivir en una economía radicalmente más productiva.

Si lo que queremos que quienes no son jefes o que los pobres estén significativamente mejor en términos cuantitativos, en ese caso el 2900 por ciento siempre le va a ganar a un rango del 20 al 25 por ciento. El énfasis del Presidente Mao en la lucha de clases arruinó los logros de su Revolución China. Cuando en 1978 sus herederos se volvieron hacia una “modernización socialista”, adoptaron (sin darse cuenta) el *trade-tested betterment*, y en

**El crecimiento lento  
cosecha envidia... y la  
envidia cosecha populismo,  
lo que a la vez cosecha un  
crecimiento lento**

treinta años lograron que el ingreso real per cápita en China aumentara por un factor de 20 –no un mero 20 por ciento, sino un 1900 por ciento.<sup>54</sup> El lema anti-igualitario de Deng Xiaoping era: “Dejen que algunas personas se hagan ricas primero”. Es el Acuerdo Burgués: “Usted acuerda darme a mí, un emprendedor burgués, la libertad y la dignidad para probar mis esquemas en un mercado voluntario, y me

permite conservar las utilidades, si las hubiera, en una primera instancia –y acepto, a regañadientes, que otros compitan conmigo en una segunda instancia. A cambio de eso, en una tercera instancia de nuevas sumas positivas, el mejoramiento burgués proporcionado por mí (y por esos molestos competidores, de baja calidad, que estropean los precios) los hará ricos a todos”. Y así fue.

A diferencia de China, que crece a tasas del 10 por ciento anual, e India a un 7 por ciento, el resto de países BRICS, Brasil, Rusia, Indonesia y Sudáfrica siguen insistiendo en las

<sup>53</sup> El historiador alemán Jürgen Kocka me señala que la lucha de los trabajadores, al mejorar la dignidad de los individuos, bien puede haber contribuido a la diseminación de la dignidad que existe tras la inventiva moderna.

<sup>54</sup> En 1978, Coase and Wang 2013, p. 37.

ideas anti-neoliberales, como la autosuficiencia de Argentina y el sindicalismo británico de la década de 1960, y las leyes laborales alemanas de los años 1990 y la mala interpretación del concepto de crecimiento “impulsado por exportaciones” de Corea. De hecho, la literatura que se refiere a la “trampa del ingreso medio” que habla en particular de Brasil y Sudáfrica, se basa en la idea mercantilista de que el crecimiento depende de las exportaciones, que supuestamente tienen más dificultades para crecer cuando los salarios suben.<sup>55</sup> Las políticas para incentivar tal o cual exportación dependen de la negación de las ventajas comparativas, y en todo caso se concentran en factores externos, cuando lo más importante para los ingresos de los pobres es la eficiencia interna. Por lo tanto, los países con leyes contrarias al mercado, como las que hacen más lenta la entrada a nuevos negocios y la regulación onerosa de negocios establecidos, se arrastran lentamente a una tasa de crecimiento de menos de un 3 por ciento anual per cápita: doblarla toma un cuarto de siglo y cuadruplicarla toma cincuenta años. El crecimiento lento produce envidia, como argumentó el economista Benjamin Friedman, y la envidia da por resultado el populismo, lo que a la vez produce un crecimiento lento.<sup>56</sup> Esta es la verdadera “trampa del ingreso promedio”. Salir de ella requiere aceptar el Acuerdo Burgués, como lo hizo Holanda en el siglo XVI y Gran Bretaña en el siglo XVIII, y lo que China e India hicieron a fines del siglo XX.

Suponiendo, entonces, que el objetivo común de la izquierda y de la derecha sea ayudar a los pobres, como sería sin duda lo ético, el apoyo de los cuadros académicos de la izquierda para igualar restricciones, redistribuciones y regulaciones se puede considerar como irreflexivo en el mejor de los casos. Tal vez, considerando lo que los historiadores económicos saben ahora del Gran Enriquecimiento, que los intelectuales de izquierda, y muchos de la de derecha, resueltamente se niegan a entender, incluso podría pensarse que es no ético. A la luz de esta evidencia, se podría dudar de la ética de intelectuales de izquierda, como Tony Judt o Paul Krugman o Thomas Piketty, quienes están bastante seguros de estar siguiendo el camino ético en contra del egoísmo perverso de Tories o Republicanos o de *La Union pour un Mouvement Populaire*. Están obsesionados con los cambios de primera instancia, que mucho no ayudan a los pobres, y que con frecuencia se ha demostrado que pueden dañarlo, y obsesionados con airada envidia por el consumo de los ricos poco caritativos, de los que ellos mismos son a menudo ejemplo (¿qué va a hacer con sus derechos de autor, profesor Piketty?), cuyo fin haría muy poco para mejorar la situación de los pobres. Están más que dispuestos a asfixiar por medio de impuestos a los ricos al *trade-tested betterment* que, a la larga, ha sido lo que más ha ayudado a los pobres, o sea, a los antepasados de la mayoría del resto de

---

<sup>55</sup> McCloskey 2006c.

<sup>56</sup> Friedman 2005.

nosotros.

La productividad de la economía en 1900 era muy, pero muy baja, y en 1800 aún más baja. La única manera para que el grueso de las personas, y los más pobres entre ellas, realmente tuvieran una mejor situación era hacer que la economía fuera mucho, pero mucho más productiva. La participación recibida por los trabajadores era más o menos constante (en un aspecto durante el siglo XIX y principios del siglo XX la participación del trabajo iba en aumento, porque los arriendos de las tierras, que alguna vez representaron un tercio del ingreso nacional, incluso en Gran Bretaña, disminuyeron su participación). Como lo señalaron economistas como el estadounidense J.B. Clark y el sueco Knut Wicksell a fines del siglo XIX, lo que determinaba la participación era la productividad marginal de los trabajadores. Y así, según el argumento de los economistas, se podía esperar que hasta los trabajadores más pobres participaran del aumento de la productividad –por los factores de 10 ó 30 ó, considerando las mejoras en calidad, 100. Y así fue. Los descendientes de los horriblemente pobres de la década de 1930, por ejemplo, están mucho mejor que sus antepasados . La destrucción radicalmente creativa hizo que las ideas se apilaran: los ferrocarriles destruyeron creativamente el ir a pie y las diligencias; la electricidad destruyó creativamente la luz a kerosén y el lavado de ropa a mano; las universidades destruyeron creativamente la ignorancia literaria y la baja productividad en la agricultura. El Gran Enriquecimiento –en tercera instancia– no requiere de la acumulación de capital o de la explotación de los trabajadores, sino del Acuerdo Burgués.

La izquierda explica la incapacidad de los mismos trabajadores de internalizar el dogma de la izquierda dura de que todo empleo es explotación, diciendo que los trabajadores han sido presa de conocimiento falso.<sup>57</sup> Si el Acuerdo Burgués es sólido, sin embargo, dicha falsedad se puede atribuir no a los trabajadores tristemente mal informados sino a la misma intelectualidad de izquierda, y la política se invierte. Trabajadores del mundo, uníos: exigid progreso – *trade-tested betterment* – bajo un régimen de propiedad privada y con fines de lucro. Mejor aún, convertíos en burgueses, como creen que lo han hecho grandes grupos de trabajadores de los países ricos, casi el 100 por ciento en Estados Unidos, según las encuestas donde se auto-identifican como de “clase media”. Parecería cuando menos extraño llamar “falsa” a una toma de conciencia que ha elevado el ingreso de los trabajadores pobres en términos reales

Su tema social es una estrecha ética de la envidia. Su política supone que los gobiernos pueden hacer cualquier cosa que se propongan. Y su economía está viciada de principio a fin. Es un libro valiente, pero equivocado

<sup>57</sup> Lemert 2012, p. 21.

por un factor de 30, desde 1800 hasta la actualidad, en cifras conservadoras, o por un factor de 100 si incluimos la mejor calidad de la medicina y la vivienda y, también, de una economía que reconoce las respuestas de la oferta a la escasez. Si los trabajadores han sido “engañados” al aceptar el Acuerdo, entonces, demos dos y media hurras a esa forma de engaño (la deducción de media hurra es porque no es digno ser “engañado”). Dos y media hurras para el nuevo predominio desde 1800 de una ideología burguesa y para la creciente aceptación del Acuerdo Burgués.

En la penúltima página de su libro Piketty escribe: “Es posible, e incluso indispensable, tener un enfoque que sea a la vez económico y político, social y cultural, y que se preocupe por los salarios y la riqueza”. Solo se puede estar de acuerdo con esto. Pero él no lo ha conseguido. Sus gestos hacia los temas culturales consisten principalmente en unas pocas e ingenuamente utilizadas referencias a novelas que ha leído superficialmente –por lo que ha sido bochornosamente elogiado por la izquierda.<sup>58</sup> Su tema social es una restrictiva ética de la envidia. Su política supone que los gobiernos pueden hacer cualquier cosa que se propongan. Y su economía tiene fallas de principio a fin.

Es un libro valiente, pero equivocado ///

---

<sup>58</sup> Skwire y Horowitz 2014.

El argumento, como podemos ver, es sumamente antiguo y sencillo. Piketty lo ornamenta un poco con una portentosa explicación de las relaciones producto–capital y otras, y llega a su conclusión central sobre la desigualdad: si  $r > g$ , donde  $r$  es el retorno sobre el capital y  $g$  es la tasa de crecimiento de la economía, estamos condenados a que los capitalistas ricos obtengan recompensas que van permanentemente en aumento, mientras que el resto de nosotros, pobres tontos, nos vamos quedando relativamente atrás. Este argumento verbal que he presentado es, sin embargo, concluyente siempre y cuando los supuestos en los que se basa sean verdaderos: es decir, que solo la gente rica posee capital; que el capital humano no existe; que los ricos reinvierten sus retornos –nunca pierden su capital debido a la flojera o la destrucción creativa de otros; que la herencia es el mecanismo principal y no la creatividad lo que hace subir  $g$  para el resto de nosotros, cuando da por resultado una  $r$  compartida por todos nosotros; y que nuestra preocupación ética se refiere exclusivamente al coeficiente de Gini y no a la condición de la clase trabajadora.



## Obras Citadas

- Aristóteles.** Politics. Trad. Benjamin Jowett. En <https://ebooks.adelaide.edu.au/a/aristotle/a8po/book1.html>.
- Baran, Paul, y Paul Sweezy.** 1966. Monopoly Capital: An Essay on the American Economic and Social Order. New York: Monthly Review Press.
- Barreca, Alan, Karen Clay, Olivier Deschenes, Michael Greenstone, Joseph S. Shapiro.** 2013. "Adapting to Climate Change: The Remarkable Decline in the U.S. Temperature-Mortality Relationship over the 20th Century". NBER paper 18692.
- Bastiat, Frédéric.** 1845 (1996). Economic Sophisms. Trans. Arthur Goddard. Irvington-on-Hudson, NY: Foundation for Economic Education.
- Boudreaux, Donald, y Mark Perry.** 2013. "The Myth of a Stagnant Middle Class". Wall Street Journal Ene 23.
- Boudreaux, Donald.** 2001. "Can You Spot the Billionaire?" The Freeman Ene 1.
- Boudreaux, Donald.** 2014. "The Consumption Gap Between the Rich and the Rest of Us". Blog in Café Hayek, January 21, <http://cafehayek.com/2014/01/the—consumption—gap—between—the—rich—and—the—rest—of—us.html>.
- Brennan, Geoffrey, Gordon Menzies, y Michael Munger.** 2013. "A Brief History of Inequality". Paper inédito, Australian National University, Canberra; y University of Technology, Sydney.
- Carnegie, Andrew.** 1889. "Wealth". North American Review No. 1891: junio. En <http://www.swarthmore.edu/SocSci/rbannis1/AIH19th/Carnegie.html>
- Clapham, J. H.** 1922. "Of Empty Economic Boxes". Economic Journal 32: 305—314.
- Clark, John Bates.** 1901. "The Society of the Future". The Independent 53 (julio 18): 1649—1651, reimpresso como pp. 77—80 in Gail Kennedy, ed., Democracy and the Gospel of Wealth. Boston: Heath, 1949. Problems in American Civilization.
- Coase, Ronald, y Ning Wang.** 2013. How China Became Capitalist. Basingstoke, U.K.: Palgrave—Macmillan.

- Colander, David. 2013. "Introduction". A Gino Barbieri. 1940. *Decline and Economic Ideals in Italy in the Early Modern Era* [Gli Economici degli Italiani all'inizio dell'era Moderna]. Trad. S. Noto y Marian Christina Gatti. Firenze: Leo S. Olschki Editore, 2013.
- Deaton, Angus. 2013b. *The Great Escape: Health, Wealth, and the Origins of Inequality*. Princeton: Princeton University Press.
- Easterly, William. 2001. *The Elusive Quest for Growth: Economists' Adventures and Misadventures in the Tropics*. Cambridge: MIT Press.
- Ehrlich, Paul R. 1968. *The Population Bomb*. New York: Ballantine Books, aa Sierra Club—Ballantine Book. Citado como "Revisado" en la reimpresión de 1975 de Jackson Heights, NY: Rivercity Press.
- Ellenberg, Jordan. 2014. "And the Summer's Most Unread Book is . . ." *Wall Street Journal*. Julio3.
- Fogel, Robert William. 1999. *The Fourth Great Awakening and the Future of Egalitarianism*. Chicago: University of Chicago Press.
- Fogel, Robert William. 2004. *The Escape from Hunger and Premature Death 1700—2100*. Cambridge: Cambridge University Press. ¿O 1999?
- Frankfurt, Harry. 1987. "Equality as a Moral Ideal". *Ethics* 98 (Oct.): 21—43.
- Friedman, Benjamin M. 2005. *The Moral Consequences of Economic Growth*. New York: Knopf.
- Gazeley, Ian, y Andrew Newell. 2010. "The End of Destitution: Evidence from British Working Households 1904—1937". University of Sussex, Economic Department working papers, no. 2.
- Harberger, Arnold C. 1954. "Monopoly and Resource Allocation". *American Economic Review* 44: 77—87.
- Hayek, F. A. 1973. *Law, Legislation, and Liberty*, vol. 1: Rules and Order. Chicago: University of Chicago Press.
- Hobsbawm, Eric. 2002. *Interesting Times: A 20th—Century Life*. London: Allen Lane
- Horwitz, Steven. 2013. "Inequality, Mobility, and Being Poor in America". Paper inédito,

Department of Economics, St. Lawrence University, que se present en la conferencia "Equality and Public Policy", Ohio University, Athens, OH, noviembre 14—16, 2013.

Ibsen, Henrik. 1878. A Doll House. Pp. 123—196 in R. Fjelde, trad. y ed. Ibsen: The Complete Major Prose and Plays. New York: Penguin, 1965.

Isaacs, Julia B. 2007. Economic Mobility of Families Across Generations. The Brookings Institution, en: [http://www.brookings.edu/~media/research/files/papers/2007/11/generations%20isaacs/11\\_generations\\_isaacs](http://www.brookings.edu/~media/research/files/papers/2007/11/generations%20isaacs/11_generations_isaacs).

Judt, Tony. 2010. Ill Fares the Land. London: Penguin.

Kirzner, Israel. 1979. Perception, Opportunity and Profit. Chicago: University of Chicago Press.

Klinenberg, Eric. 2002. Heat Wave: A Social Autopsy of Disaster in Chicago. Chicago: University of Chicago Press.

Lemert, Charles. 2012. Social Things: An Introduction to the Sociological Life. 5ª ed. Lanham, MD; Rowman & Littlefield.

Margo, Robert A. 1993. "What is the Key to Black Progress?" Pp. 65—69 in Deirdre McCloskey, ed. D. N. McCloskey, ed. Second Thoughts: Myths and Morals of U.S. Economic History. New York and Oxford: Oxford University Press.

McCloskey, Deirdre N. 2006a. The Bourgeois Virtues: Ethics for an Age of Commerce Chicago: University of Chicago Press.

McCloskey, Deirdre N. 2006b. "A Solution to the Alleged Inconsistency in the Neoclassical Theory of Markets: Reply to Guerrien's Reply". 2006. Post—Autistic Economics Review Sept. 18

McCloskey, Deirdre N. 2006c. Keukentafel Economics and the History of British Imperialism". South African Economic History Review 21: 171—176.

McCloskey, Deirdre N. 2010. Bourgeois Dignity: Why Economics Can't Explain the Modern World. Chicago: University of Chicago Press.

McCloskey, Deirdre N. forthcoming. Bourgeois Equality: How Betterment Became Ethical, 1600—1848, and Then Suspect.

- Milanovic, Branko, Peter H. Lindert, and Jeffrey G. Williamson. 2011. "Pre—Industrial Inequality". *Economic Journal* 121: 255–272.
- Mueller, John. 1999. *Capitalism, Democracy, and Ralph's Pretty Good Grocery*. Princeton: Princeton University Press.
- Nordhaus, William D. 2004. "Schumpeterian in the American Economy: Theory and Measurement". National Bureau of Economic Research Working Paper W10433
- Peart, Sandra J. y David M. Levy, eds. 2008. *The Street Porter and the Philosopher: Conversations in Analytical Egalitarianism*. Ann Arbor: University of Michigan Press.
- Piketty, Thomas. 2014 (2013). *Capital in the Twenty—First Century*. Trad. Arthur Goldhammer. Cambridge: Harvard University Press. French: Éditions du Seuil, 2013.
- Reich, Robert. 2014. "How to Shrink Inequality". *The Nation*. Mayo 6. Ridley, Matt. 2014. "The Poor are Getting Less Poor". Junio 5, 2014.
- Sala—i—Martin, Xavier, and Maxim Pinkovskiy. 2010. "Parametric Estimations of the World Distribution of Income". *VOX* 22.Enero 2010 <http://www.voxeu.org/article/parametric—estimations—world—distribution—income>
- Sala—i—Martin, Xavier. 2006. "The World's Distribution of Income: Falling Poverty and Convergence", *Quarterly Journal of Economics* 121(2): 351—397.
- Saunders, Peter. 2013. "Researching Poverty: Methods, Results, and Impact". *Economic and Labour Relations Review* 24: 205—218.
- Skwire, Sarah, and Steven Horwitz. 2014. "Thomas Piketty's Literary Offenses". *The Freeman*. Septiembre 11.
- Smith, Adam. 1776. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Edición Glasgow. Campbell, Skinner, y Todd, eds. 2 vols. Indianapolis: Liberty Classics, 1976, 1981.
- Trollope, Anthony. 1867—68. *Phineas Finn: The Irish Member*. Jacques Bertoud, ed. en *Palliser Novels*. Oxford: Oxford University Press, 1982.
- Tullock, Gordon. 1967. "The Welfare Costs of Tariffs, Monopolies, and Theft". *Western Economic Journal* 5: 224–232

Waterman, Anthony M. C. 2012. "Adam Smith and Malthus on High Wages". *European Journal of the History of Economic Thought* 19: 409—429.

Whitford, David. 2005. "The Most Famous Story We Never Told". *Fortune*. Septiembre 19.

Williamson, Jeffrey G., y Peter H. Lindert. 1980. *American Inequality: A Macroeconomic History*. New York: Academic Press.